

A C A N T I L A D O

Así era Lev Tolstói (II)

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
DE SELMA ANCIRA



A C A N T I L A D O

Así era Lev Tolstói (II)

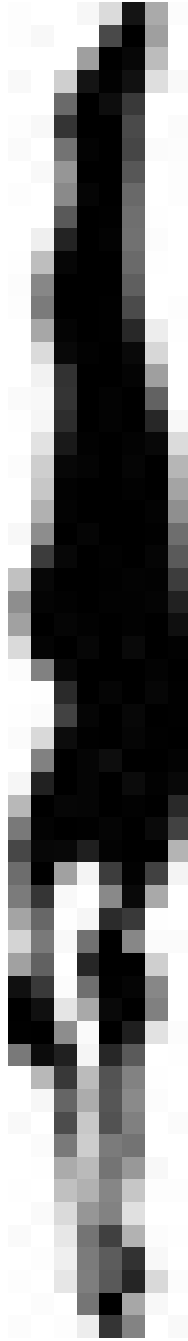
EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
DE SELMA ANCIRA



ASÍ ERA
LEV TOLSTÓI

(II)

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
DEL RUSO DE SELMA ANCIRA



ACANTILADO

BARCELONA 2022

CONTENIDO

LA BODA DE TOLSTÓI

Sofia Andréievna Tolstaia

DE MI TRATO CON TOLSTÓI

Ilyá Repin

CINCO DÍAS EN YÁSNAIA POLIANA

Tokutomi Roka

EN LOS FUNERALES DE TOLSTÓI. IMPRESIONES Y
OBSERVACIONES

Valeri Yákolevich Briúsov

Índice de nombres

Sofia Andréievna Tolstaia (1844-1919), de soltera Bers, fue la esposa de Tolstói. Estas memorias sobre los días previos a su boda fueron escritas en 1912, dos años después de la muerte del escritor. Se publicaron por primera vez en el periódico La Palabra Rusa (en el n.º 17, correspondiente al 23 de septiembre de 1917) como «La boda de L. N. Tolstói. Fragmento de las notas de la condesa S. A. Tolstaia tituladas “Mi vida” (7 volúmenes), escrito para celebrar los cincuenta años del día de la boda, el 23 de septiembre de 1862». La idea de escribir este pequeño relato surgió mucho tiempo antes, en vida de Tolstói, como puede verse en la siguiente anotación hecha en su diario el 8 de febrero de 1893: «De mi idilio con Lev Nikoláievich...».

LA BODA DE TOLSTÓI*

SOFIA ANDRÉIEVNA TOLSTAIA

VIAJE A IVITSY

Los primeros días de agosto de 1862 nosotras, las tres hermanas, nos alegramos sobre manera al saber que mi madre tenía intención de ir con Volodia, mi hermano pequeño, y nosotras tres, en una de las carretelas con caballos que circulaban por aquel entonces, a ver a su padre, nuestro abuelo, Alexandr Mijaílovich Isléniev.

El abuelo Isléniev (descrito por Lev Nikoláievich en Infancia como el «papá») por aquel entonces vivía en su hacienda Ivitsy, del distrito de Odoievski, la única que quedaba de una gran fortuna, y ésta, además, comprada a nombre de su segunda esposa, la madrastra de mi madre, Sofia Alexándrovna, de soltera Zhdánova. Esta misma Zhdánova, también fue descrita por Lev Nikoláievich en Infancia con el nombre de «La belle Flamande».

Las tres hijas del segundo matrimonio de mi abuelo eran entonces unas muchachas jóvenes,¹ y con la segunda yo me llevaba muy bien.

La hacienda de mi abuelo estaba a unas cincuenta verstas de Yásnaia Poliana. Ahí, en Yásnaia Poliana, se encontraba en ese momento la hermana de Lev Nikoláievich, Maria Nikoláievna,² que acababa de llegar de Argelia, y como mi madre había sido su mejor amiga durante la infancia,³ y siempre tenía ganas de verla, y además desde que era una niña no había vuelto a Yásnaia Poliana, decidió que iríamos sin falta. Esto nos llenó de entusiasmo, y mi hermana Tania y yo, nos pusimos felices, como suelen ponerse los jóvenes ante cualquier propuesta o variación. Los preparativos para el viaje se animaron, nos confeccionaron elegantes vestidos; íbamos haciendo el equipaje y esperábamos con ansia el día de la partida.

Del día de la partida en sí, no me acuerdo. También son vagos mis recuerdos del camino: las estaciones, el cambio de los caballos, las comidas a toda prisa y el cansancio debido a la falta de costumbre de estar de viaje. Llegamos a Tula, a casa de la hermana de mi

madre, la tía Nadezhda Alexándrovna Karnovich, esposa del decano de la nobleza de Tula. Fuimos a ver la ciudad, que a mí me pareció insulsa, mugrosa y aburrida. Pero no podíamos perdernos nada y nos esforzamos por verlo todo concienzudamente durante la visita.

Después de comer, emprendimos el camino a Yásnaia Poliana. Estaba anocheciendo. Hacía un tiempo espléndido. El camino por los bosques de Záseka, y por la carretera, era tan pintoresco y tan nuevo, tan vasto y tan inusual para nosotras, niñas de ciudad, que teníamos la impresión de estar en medio de la naturaleza salvaje.

Maria Nikoláievna y Lev Nikoláievich nos recibieron con bulliciosa alegría. La amable y discreta tía Tatiana Alexándrovna Ergólskaia, con amables saludos a la francesa, y su protegida, Natalia Petrovna,⁴ ya me acariciaba el hombro, ya le guiñaba el ojo a Tania mi hermana y retozaba con ella, que por aquel entonces tenía quince años.

A nosotros nos instalaron abajo, en una habitación abovedada, y pobremente amueblada. A lo largo de las paredes de aquella habitación había divanes pintados de blanco, con unas almohadas muy duras en vez de respaldos y unos asientos muy duros también, tapizados con un dril a rayas azules y blancas. También había un sillón largo, con unas almohadas semejantes, blanco también. La mesa era sencilla, de madera de abedul, hecha por un carpintero casero. En el techo abovedado habían sido fijados unos aros de metal, de los que antiguamente, cuando en épocas del abuelo de Lev Nikoláievich, el príncipe Voljonski, esta habitación se usaba como trastero, se colgaban las sillas de montar, las piernas de carnero y demás.

Los días ya no eran muy largos. Estábamos a principios de agosto. Apenas habíamos tenido tiempo de dar una vuelta por el jardín, cuando Natalia Petrovna quiso enseñarnos las frambuesas. Por primera vez en mi vida comí frambuesas directamente de la mata, y no de las cestitas, en las que nos las llevaban a la dacha para que hiciéramos mermelada. Ya quedaban pocas, pero eso no impedía que me sintiera fascinada por la belleza de estas bayas rojas sobre el verde y me deleitara con su fresco sabor.

PASAR LA NOCHE EN UN SILLÓN

Cuando comenzó a oscurecer, mamá mandó decirme que bajara para deshacer el equipaje y preparar las camas. Duniasha, que estaba al servicio de la tía,⁵ y yo, habíamos empezado a organizar la habitación para pasar la noche, cuando de pronto entró Lev Nikoláievich. Duniasha se dirigió a él para decirle que tres de los niños dormirían en los divanes, pero que no había en donde acomodar al cuarto.

—Con este sillón bien se puede armar una cama—dijo Lev Nikoláievich y arrastró el sillón largo, colocando al final un ancho taburete cuadrado.

—Yo dormiré en el sillón—dije.

—Pues yo le prepararé la cama—dijo Lev Nikoláievich, y con movimientos torpes y desacostumbrados para él, comenzó a desdoblar la sábana. Yo me sentía incómoda, pero al mismo tiempo había algo agradable e íntimo en el acto de tender una cama juntos.

Cuando ya todo estuvo listo y subimos de nuevo, mi hermana Tania, cansada, dormía hecha un ovillo en el diván pequeño de la alcoba de la tía. A Volodia también ya lo habían acostado. Mamá conversaba con la tía y con Maria Nikoláievna de cosas del pasado. Mi hermana Liza nos recibió con una mirada interrogativa. Me acuerdo vivamente de todos y cada uno de los minutos de aquella noche.

En el comedor con la gran ventana italiana, el lacayo Alexéi Stepánovich,⁶ que era más bien bajo de estatura, estaba poniendo la mesa para la cena. La linda Duniasha (hija del tío Nikolái descrito en Infancia), le ayudaba trayendo esto y lo otro. La puerta abierta en mitad de la pared daba a una salita pequeña donde había un antiguo clavicordio de palo de rosa, y en esta salita, con una ventana italiana como la otra, las puertas, abiertas, daban a un pequeño balcón, desde donde había una vista preciosa que, más adelante, me acompañó durante el resto de mi vida. Aún hoy me deleito con ella.

Tomé una silla y, saliendo con ella al balcón, me senté a disfrutar de la vista. El estado de ánimo que se apoderó de mí en ese momento no lo he olvidado jamás, aunque sea incapaz de

describirlo. No sé si era la impresión que me producía una aldea de verdad, la naturaleza, los espacios abiertos; o si era el presagio de lo que ocurrió un mes y medio más tarde, cuando entré ya como dueña de la casa; o si simplemente era la despedida de mi vida libre de soltera o quizá todo junto, no sé. Pero mi estado de ánimo era significativo, serio, dichoso y, algo muy nuevo, inconmensurable.

Todos se reunieron para la cena. Lev Nikoláievich vino a llamarme.

—No, se lo agradezco, pero no tengo hambre—dije—. Aquí se está tan bien...

Desde el comedor se oía la voz fingida, caprichosa y bromista de mi hermana Tania, que de todos era la consentida y estaba acostumbrada a serlo. Lev Nikoláievich volvió al comedor, pero, sin terminar de cenar, regresó al balcón donde yo estaba. No recuerdo con detalle de qué hablamos; sólo me acuerdo de que me dijo: «¡Qué luminosa y sencilla es usted!».

Y esto me agradó.

¡Qué bien dormí en el diván alargado que me había tendido Lev Nikoláievich! Primero, como era un poquito incómodo y estrecho debido a los apoyabrazos a ambos lados, estuve dando vueltas y vueltas en él, pero me reía para mis adentros con un regocijo interior, acordándome de cómo me había preparado la cama Lev Nikoláievich. Finalmente me quedé dormida, presa de esa nueva y alegre sensación que se había apoderado de todo mi joven ser.

DÍA DE CAMPO EN YÁSNAIA POLIANA

También fue gozoso el despertar a la mañana siguiente. Tenía ganas de verlo todo, de recorrerlo todo, de parlotear con todos. ¡Y qué ambiente tan afable había ese día en Yásnaia Poliana! Lev Nikoláievich hacía cuanto podía por que lo pasáramos bien; a Maria Nikoláievna esto le gustaba. Engancharon un carruaje de los grandes. En el extremo iba el pelirrojo Tambor, y de refuerzo iría Flecha. Después le pusieron una vieja silla de montar femenina al bayo Labioblanco, y para Lev Nikoláievich ensillaron un precioso caballo blanco. Poco a poco comenzó a llegar la gente para salir al día de campo.

Llegaron otros huéspedes: la esposa del arquitecto de Tula, el señor Grómov, y Sóniechka Bergholts, sobrina de la directora de la escuela para niñas, la señora Yulia Fiódorovna Auerbach. Maria Nikoláievna, feliz de que estuvieran con ella sus dos mejores amigas, mi mamá y Grómov, estaba de un humor juguetón y festivo: hacía bromas y soltaba chascarrillos, y a todos les levantaba el ánimo. Lev Nikoláievich me propuso que montara a Labioblanco, de lo que tenía yo muchas ganas.

—Pero ¡cómo! No tengo aquí mi amazona—dije, mirando mi vestido color ámbar con botones de terciopelo negro y mi cinturón a juego.

—No pasa nada—dijo Lev Nikoláievich, sonriendo—, por aquí no hay ninguna dacha; aparte del bosque, nadie la verá.

Y me sentó en Labioblanco.

Durante el tiempo que estuve cabalgando al lado de Lev Nikoláievich en el camino a Záseka, donde ahora está la estación ferroviaria⁷ que nos queda más cerca, pero entonces era bosque cerrado, tuve la impresión de que no había nadie más feliz que yo sobre la faz de la tierra. Nunca más volví a ver aquellos lugares como entonces, a pesar de que con frecuencia pasaba por ahí. En esa ocasión todo parecía distinto, era algo mágicamente hermoso, era ese algo que no se da en la vida ordinaria, salvo cuando uno entra en un estado de ánimo espiritualmente elevado. Llegamos a un claro en el que había un almiar de heno. En ese mismo claro, en Záseka, tiempo después, incontables veces tomamos té y organizamos días de campo con mis hijos y la familia de mi hermana Tania, pero ya no era el mismo claro, era otro, tenía una luz distinta.

Maria Nikoláievna nos invitó a encaramarnos en el almiar y desde arriba, bajar rodando. Todos aceptamos encantados. La tarde transcurrió divertida y bulliciosa.

A la mañana siguiente fuimos a la aldea Krásnoie, que antiguamente había pertenecido a mi abuelo Isléniev. Allí está enterrada mi abuela.⁸ Y mamá quería indefectiblemente visitar los lugares en donde había nacido y crecido, y arrodillarse ante la

tumba de su madre, enterrada al lado de la iglesia. Lograron arrancarnos de Yásnaia Poliana para que fuéramos con mi madre, sólo con la promesa de que en el camino de regreso pasaríamos de nuevo por Yásnaia, aunque sólo fuera para quedarnos un día.

IVITSY

Desde Krásnoe, una vez que los caballos hubieron comido, nos fuimos en el mismo carruaje a Ivitsy, a ver al abuelo. Allí nos recibieron con una alborozada solemnidad. El abuelo, caminando a toda prisa sin levantar los pies del suelo, como deslizándose con sus blandas botas, no paraba de bromear y llamarnos «damas moscovitas». Tenía la costumbre de pellizcarnos las mejillas con dos dedos, el índice y el medio, y, haciendo un guiño, decir algo gracioso, mientras entornaba sus ojos sonrientes y estrechitos. Como si fuera hoy, veo su figura recia con una gorra negra sobre su calva cabeza y su nariz aguileña prominente en aquella cara afeitada y enrojecida.

Sofia Alexándrovna, su segunda esposa, causaba en nosotros gran asombro cuando se ponía a fumar una larga pipa y su labio inferior quedaba colgando... De la belleza que había sido no quedaban sino un par de ojos negros brillantes y muy expresivos.

La bella Olga, su segunda hija, aparentemente una persona tranquila y fría, nos llevó a la parte de arriba de la casa, a la habitación que había sido preparada para nosotras. Ahí, detrás del ropero, estaba mi cama y, haciendo las veces de mesita de noche, había una simple silla de madera.

Al día siguiente de nuestra llegada, nos llevaron a casa de unos vecinos, donde las mujeres eran muy amables, pero no teníamos nada en común con ellas. Eran auténticas damas de aldea, parecían haber salido de un relato de Turguéniev. Y, en general, todo el modo de vida de los terratenientes de entonces estaba empapado del espíritu del derecho campesino. La vida que llevaban era muy sencilla, sin vías férreas, centrada en la satisfacción reservada y paciente de sus intereses: cómo llevar una casa, los vecinos, la cacería con lebreles, los trabajos de aguja de las mujeres y, rara vez, los festejos familiares y religiosos, sin pretensión alguna pero rebosantes de alegría.

Nuestra llegada al distrito de Odoievski, tuvo su repercusión. Mucha gente viajó hasta allá para vernos, se organizaban días de campo, bailes, paseos.

Un día después de que hubiéramos llegado a Ivitsy, de pronto apareció sin previo aviso, montado en su caballo blanco, Lev Nikoláievich. Había cabalgado cincuenta verstas y llegó fresco, contento y lleno de brío. Mi abuelo que, por su amistad con Nikolái Ilych Tolstói, quería bien a Lev Nikoláievich, y en general a toda la familia Tolstói, le dio la bienvenida con una alegría y una amabilidad excepcionales.

Había demasiada gente. Los jóvenes, después de los paseos matutinos, por la tarde organizaban baile. Había oficiales, y jóvenes terratenientes de lugares vecinos, y un montón de damas y señoritas. Una multitud de caras para nosotros desconocidas, ajenas y extrañas. Pero ¿y qué? Era divertido y no se necesitaba nada más. Las danzas las iban interpretado al piano distintas personas.

—¡Qué elegante está usted!—reparó Lev Nikoláievich al ver mi vestido blanco y violeta de lana ligera, con lazos de color lila sobre los hombros, de los que colgaban largas cintas, llamadas en aquel entonces Suívez moi—. Me apena que no haya usted vestido con tanta elegancia delante de mi tía—añadió con una sonrisa Lev Nikoláievich.

—¿Usted no baila?—pregunté.

—No, ni hablar, ya estoy viejo.

Sentados alrededor de dos mesas, los hombres de edad y las damas jugaban a las cartas. Cuando ya todo el mundo se había dispersado y había desaparecido, nosotros seguíamos ahí, con las mesas aún abiertas y las velas todavía consumiéndose, y no nos íbamos a dormir, porque Lev Nikoláievich seguía conversando muy animadamente y nos retenía. Pero de pronto mamá decidió que ya era hora de descansar y muy seria nos ordenó ir a dormir. No nos atrevimos a desobedecerla. Ya estaba yo en la puerta, cuando Lev Nikoláievich me llamó:

—¡Sofia Andréievna, espere un momento!

—¿Qué pasa?

—Quiero que lea lo que voy a escribir.

—De acuerdo—consentí.

—Pero sólo voy a escribir la primera letra de cada palabra, y usted tendrá que adivinar de qué palabra se trata.

—Pero ¡¿cómo?! ¡Eso es imposible! Bueno, lo voy a intentar. Escriba.

Lev Nikoláievich borró con un cepillito todas las puntuaciones de los jugadores de cartas, tomó un gis y comenzó a escribir. Los dos estábamos muy serios e inquietos. Yo iba siguiendo los movimientos de su mano grande y roja, y sentía que todas mis fuerzas anímicas, todas mis capacidades y también toda mi atención, estaban enérgicamente concentradas en ese trozo de gis y en la mano que lo sostenía. Ambos guardábamos silencio.

LO QUE EL GIS ESCRIBIÓ

«S. J. Y N. D. F. M. R. D. V. M. V. Y L. I. D. C. L. F.», escribió Lev Nikoláievich.

«Su juventud y necesidad de felicidad me recuerdan demasiado vivamente mi vejez y la imposibilidad de conquistar la felicidad», leí.

Mi corazón latía con mucha fuerza, sentía martillazos en las sienes, la cara me ardía; me encontraba fuera del tiempo, no percibía nada que fuera terrenal: en ese momento tenía la sensación de poderlo todo, de entenderlo todo, de ser capaz de apretar en un abrazo el infinito entero. —A ver, sigo—dijo Lev Nikoláievich y comenzó de nuevo a escribir: «S. F. T. U. I. E. E. C. A. M. Y A. S. H. L. D. C. L. A. D. S. H. T.».

«Su familia tiene una idea equivocada en cuanto a mí y a su hermana Liza. Defiéndame con la ayuda de su hermana Tániechka», rápido y sin trastabillar seguí leyendo aquellas primeras letras.

Lev Nikoláievich ni siquiera se sorprendió. Como si aquello hubiese

sido lo más normal del mundo...

El estado de excitación en el que nos encontrábamos sobrepasaba a tal punto el estado habitual del alma humana que ya nada nos sorprendía.

Se oyó la voz descontenta de mi madre, que me llamaba a dormir. Nos despedimos a toda prisa, apagamos las velas y cada quien se fue por su lado. Arriba, detrás del ropero, encendí un pequeño cabo de vela y me puse a escribir en mi diario, sentada en el suelo, con el cuaderno apoyado sobre la silla de madera. Ahí mismo escribí las palabras de Lev Nikoláievich, ésas que había escrito poniendo sólo la primera letra, y en ese momento creí entender vagamente que entre él y yo había acontecido algo serio, significativo, algo que ya no tenía vuelta atrás. Pero no di libertad a mis sentimientos, ni a mis sueños, por varios motivos. Fue como si hubiese encerrado bajo llave todo lo ocurrido aquella noche, para ocultar un poco más de tiempo aquello que todavía no podía salir a la luz.

De regreso de Ivitsy, pasamos por Yásnaia Poliana y nos quedamos un día. Pero esa vez no había un ambiente festivo. Maria Nikoláievna se estaba preparando para irse con nosotros a Moscú, y de ahí al extranjero, donde había dejado a sus hijos, y la tía Tatiana Alexándrovna, que la adoraba con una pasión desmedida, estaba muy triste y taciturna. Siempre le resultaba doloroso separarse de aquella personita a la que había educado y querido como si fuera su propia hija, siendo como era, además, muy desdichada con su sobrino, el hijo de su hermana Elizabeta Alexándrovna, el conde Valerián Petróvich Tolstói. A mí me incomodaba la actitud de Lev Nikoláievich conmigo y las miradas indiscretas de mis hermanas y de quienes nos rodeaban. Mi mamá estaba preocupada por algo, o eso parecía. El pequeño Volodia y mi hermana Tania estaban cansados y lo único que querían era volver a casa.

UN PASEO EN CARROZA

Mandaron alquilar una carroza grande en Tula. Adentro había cuatro lugares y afuera, detrás, dos, como en un landó. A nosotras, las niñas mayores, nos daba tristeza dejar Yásnaia Poliana. Nos despedimos de la tía y de Natalia Petrovna, y buscamos a Lev Nikoláievich para decirle adiós también a él.

—Iré con ustedes—dijo con sencillez y contento—. ¿Acaso puede uno quedarse en Yásnaia Poliana? Estará todo tan vacío, tan aburrido—añadió.

Sin percatarme bien a bien de por qué de pronto me había puesto tan contenta, de por qué todo se iluminaba con la luz de la felicidad, corrí a comunicarle la noticia a mi madre y a mis hermanas. Se decidió que en el asiento de atrás, el que estaba al aire libre, iría todo el tiempo Lev Nikoláievich, y mi hermana Liza y yo nos turnaríamos: una estación iría ella, otra yo, y así hasta llegar a Moscú.

Y bien, emprendemos el camino desplazándonos poco a poco... Recuerdo que por la noche tenía unas ganas imbatibles de dormir. Estaba aterida de frío, me arropé y sentí una felicidad en extremo reposada al lado de aquella persona a la que quería yo desde niña, amigo de la familia, admirado autor de Infancia y ahora alguien sumamente cariñoso y más agradable todavía. Me habló largo y hermoso del Cáucaso, de su vida allá, de la hermosura de las montañas, de la naturaleza salvaje, de sus hazañas. Me hacía sentir muy bien su voz, acompasada, suavemente conmovida aunque un poco gutural, como si viniera de algún lugar lejano. Y yo, por momentos, me quedaba dormida, y luego me despertaba, y esa misma voz seguía contándome bella y poéticamente sus historias caucasicas. Me avergonzaba mi soñolencia, pero era aún muy jovencita, y aunque lamentara no escuchar todo lo que me relataba Lev Nikoláievich, había momentos en los que no podía vencer el sueño. Viajamos toda la noche. En el interior de la carroza, todos dormían, y sólo de vez en cuando mi madre y Maria Nikoláievna intercambiaban un par de palabras o bien piaba en sueños el pequeño Volodia.

Estábamos ya acercándonos a Moscú. El último tramo me tocaba a mí, yo debía ir con Lev Nikoláievich en el asiento de atrás, el descubierto. Pero en la última estación se me acercó mi hermana Liza y mi pidió que le cediera el asiento al aire libre.

—Sonia, si a ti te da lo mismo, déjame ir a mí—me pidió—. Hace mucho calor dentro de la carroza.

Salimos de la estación y cada uno ocupó su asiento. Yo me metí en

la carroza.

—¡Sofia Andréievna!—me llamó Lev Nikoláievich—. ¡Ahora le toca a usted ir afuera!

—Ya lo sé, pero tengo frío—respondí con una evasiva, y la puerta de la carroza se cerró detrás de mí.

Lev Nikoláievich se quedó quieto un momento, como pensando en algo, y luego fue a sentarse en el pescante.

Al día siguiente, Maria Nikoláievna partió al extranjero, y nosotros volvimos a Pokróvskoie, a nuestra dacha, donde nos estaban esperando mi madre y mis hermanos.

MIS ÚLTIMOS DÍAS DE SOLTERA Y MI RELATO

Toda mi vida anterior se volvió otra. La misma atmósfera, las mismas personas, la misma yo, en apariencia. Pero mi «yo» personal se había ido no sé a dónde. Aquel sentimiento que me había embargado en Yásnaia Poliana y en Ivitsy, continuaba enseñoreado de mí. Mi «yo» cayó en un espacio infinito, libre, no limitado por nada y todopoderoso. Terminaba de vivir aquellos mis últimos días de soltera con una peculiar energía vital, iluminada por una brillante luz y un curioso despertar del alma. En dos períodos más de mi vida experimenté esa poderosa fuerza que dan los momentos de apogeo espiritual. Y esos despertares del alma poco frecuentes, periódicos, especiales, me convencieron más que ninguna otra cosa de que el alma vive su vida aparte, de que es inmortal y de que la muerte es su liberación en el momento en que abandona el cuerpo.

Lev Nikoláievich que había viajado con nosotros de Yásnaia Poliana a Moscú, le alquiló un departamento a un zapatero alemán, y ahí se instaló. En aquel entonces estaba dedicado a cuestiones escolares y también a la revista Yásnaia Poliana, cuyo objetivo era puramente pedagógico, y estaba destinada, sobre todo, a escuelas populares. Aquello duró sólo un año.

Lev Nikoláievich venía a visitarnos a Pokróvskoie casi cada día. En ocasiones lo traía mi papá, que iba con frecuencia a la ciudad por cuestiones de trabajo. En una ocasión, Lev Nikoláievich vino y nos

dijo que había estado en el parque Petrovski, en el palacio, y que había enviado, a través del ordenanza de un oficial adscrito al zar, una carta a Alejandro II a propósito de la vejación de la que había sido víctima sin motivo alguno cuando la policía llevó a cabo un registro en Yásnaia Poliana.⁹ Aquello había tenido lugar el 23 de agosto de 1862. El zar en ese entonces se encontraba en el parque Petrovski con motivo de las maniobras en el campo Jodynski.

Lev Nikoláievich y yo estuvimos paseando y conversando, y en un momento dado me preguntó si llevaba yo un diario. Le dije que sí, que desde hacía mucho tiempo, desde que tenía once años y que, además, el verano pasado, a mis dieciséis, había escrito un relato largo.

—Permítame leer su diario—me pidió Lev Nikoláievich.

—No, no puedo.

—Bueno, entonces deme el relato.

El relato sí se lo di. A la mañana siguiente le pregunté si lo había leído. Me respondió con tranquilidad e indiferencia que lo había hojeado. Pero después yo leí en su diario a propósito de mi relato lo siguiente: «Me dio a leer el relato. ¡Qué capacidad para la verdad y la sencillez!». Y después me contó que no había pegado ojo, y que le inquietaba mi manera de apreciar a uno de los personajes, el príncipe Dublitski, en el que se había reconocido y al que yo describía como una persona con «un físico extraordinariamente poco atractivo y versatilidad de juicios».¹⁰

Recuerdo que en una ocasión estábamos muy contentos y de un humor juguetón. Yo no hacía sino repetir la misma tontería: «Cuando sea la dueña y señora, voy a ordenar esto y lo otro». Junto al balcón estaba el tílburí de mi padre, del que acababan de desenganchar al caballo. Me senté en el carruaje y grité: «Cuando sea la dueña y señora, viajaré siempre en carruajes como éste».

Lev Nikoláievich se hizo con las riendas y, ocupando el lugar del caballo, me llevó a trote diciendo: «¡Y yo voy a llevar a mi dueña y señora!». ¡Lo fuerte y lo vigoroso que era, queda demostrado en este episodio!

—¡No!, ¡no!, ¡es muy pesado para usted!—gritaba yo. Pero la verdad es que estaba muy divertida y me gustaba que Lev Nikoláievich fuera así de fuerte y que me paseara en el coche.

¡Qué bellas eran entonces las tardes y las noches de luna! Veo, como si fuera hoy, aquel calvero iluminado por la luna, y el reflejo acerado de ésta en el estanque más próximo. ¡Qué frescas y revitalizantes eran aquellas noches de agosto!... «¡Noches enloquecidas!», decía con frecuencia Lev Nikoláievich, sentado con nosotros en el balcón o mientras paseábamos por los alrededores de la dacha. No hubo entre nosotros ninguna escena romántica ni declaración de amor. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. La relación entre nosotros era distendida, sencilla. Y era como si yo me apresurase a vivir los últimos días de esa maravillosa vida de soltera, libre y luminosa, que nada oscurecía. Todo era hermoso y distendido y a mí no me hacía falta nada, ni aspiraba a ir a ningún lado.

Lev Nikoláievich venía a visitarnos una y otra vez. A veces, cuando se hacía tarde, mis papás lo invitaban a quedarse a dormir en casa. En una ocasión, muy a principios de septiembre, salimos a despedirlo y cuando nos disponíamos a volver a casa, mi hermana Liza me pidió que invitara a Lev Nikoláievich para el día de su santo, el 5 de septiembre. Y yo, sin más, me puse a invitarlo reiterada e insistentemente; al principio se negaba, se sorprendía y preguntaba: «¿Por qué me invita precisamente para el día 5?». Pero yo no le podía explicar porque me habían pedido que no dijera nada del santo.

Lev Nikoláievich prometió que vendría y, para alegría de todos, llegó. Con él era todo siempre interesante y divertido.

De entrada, yo no relacionaba sus visitas conmigo. Pero sí había comenzado a darme cuenta de que algo muy serio en relación con él me estaba pasando. Recuerdo una ocasión en que, muy inquieta, corrí escaleras arriba a nuestra alcoba, la de la ventana italiana, la que daba al estanque y, más allá, a la iglesia, a todo eso que tan bien conocía y amaba desde que nací (nací en Pokróvskoie); me detuve frente a la ventana y mi corazón latía fuertemente. En ese momento entró mi hermana Tania y de inmediato se dio cuenta de que no estaba yo tranquila.

—¿Qué te ocurre, Sonia?—me preguntó compasiva.

—Je crains d'aimer le comte ['Creo que amo al conde']—le respondí rápida y secamente en francés.

—¿De veras?—se sorprendió Tania, que hasta ese momento no sospechaba de mis sentimientos. Incluso, creo, se afligió. Ella conocía mi carácter. Sabía que para mí, entonces y también después, aimer ['amar'] no significaba deleitarme con el sentimiento, sino más bien sufrir.

EN MOSCÚ

Entre el 5 y el 16 de septiembre la familia al completo se trasladó a Moscú. Como siempre que dejábamos la dacha y la vida en la naturaleza, los primeros días en Moscú todo me parecía aburrido, estrecho, encerrado, y eso tenía un efecto opresivo en mi estado anímico. Teníamos la costumbre, cada vez que nos íbamos, de despedirnos de nuestros lugares predilectos y recorrer en poco tiempo el mayor número posible de rincones queridos. Aquel año me despedí para siempre de mi querido Pokróvskoie, y también de mi vida de soltera.

En Moscú comenzaron de nuevo las casi cotidianas visitas de Lev Nikoláievich. En una ocasión, por la noche, entré con sigilo a la alcoba de mi madre. Ya estaba en la cama. ¡Cuántas veces pasaba que una llegaba de alguna reunión o del teatro, y mamá le decía contenta: «A ver, cuéntame». Y una se ponía a contarle cómo le había ido en la reunión o lo que había visto en el teatro. En esta ocasión ambas estábamos contentas.

—¿Qué te pasa, Sonia?—me preguntó mamá.

—Me pasa esto, mamá. Que todos piensan que Lev Nikoláievich no se va a casar conmigo,¹¹ pero yo creo que él me ama—dije tímidamente.

No sé por qué se enojó tanto mamá y se me echó encima.

—¡Esta niña! Se pasa la vida imaginando que el mundo entero está enamorado de ella—por alguna razón mamá la tomó contra mí—.

Retírate, vete y deja de pensar tonterías.

Me afligió que mamá reaccionara de esa manera a mi sinceridad, y después de eso no volví a hablar con nadie de Lev Nikoláievich. Mi padre se había enfadado porque Lev Nikoláievich, visitándonos con tanta frecuencia como nos visitaba, no pedía en matrimonio, según la antigua tradición rusa, a la hija mayor, y por lo tanto se comportaba con frialdad con él y era hostil conmigo. La atmósfera en la casa era tensa y pesada, sobre todo para mí.

El 14 de septiembre Lev Nikoláievich me dijo que debía comunicarme algo muy importante, pero no le dio tiempo a decirme de qué se trataba. No era difícil adivinarlo. Aquella noche habló largo y tendido conmigo. Yo tocaba el piano en la sala, él estaba de pie, con el cuerpo recargado en la estufa, y en cuanto yo hacía una pausa, él decía: «Toque, toque...». La música impedía que los otros oyeran sus palabras, y mis manos temblaban de inquietud, los dedos se me enredaban mientras tocaba quizá por décima vez el mismo pasaje del vals «Il Baccio» que había aprendido de memoria para acompañar a mi hermana Tania, que lo cantaba.

Ese día Lev Nikoláievich no me propuso matrimonio todavía, y no recuerdo con detalle de qué me habló. Me acuerdo, eso sí, de que sus palabras querían decir que me amaba y que quería casarse conmigo. Pero sólo eran indirectas. En cambio en su diario escribió:

12 de septiembre de 1862 Estoy enamorado como no pensé que pudiera estarlo. Estoy loco, acabaré por pegarme un tiro si esto sigue así. Estuve en su casa por la tarde. Ella es encantadora en todos los aspectos...

13 de septiembre de 1862 Mañana iré, en cuanto me levante, y lo diré todo o me pegaré un tiro... (A las cuatro de la madrugada). Le escribí una carta, se la daré mañana, es decir hoy, día 14. Dios mío, qué miedo tengo de morir. La felicidad, y tan grande, me parece imposible. Dios mío, ¡ayúdame!¹²

Pasó un día más, el 15. El 16 de septiembre, un sábado, por la noche llegaron los cadetes: mi hermano Sasha y sus compañeros. Estuvimos en el comedor tomando el té y saciando el apetito de los hambrientos cadetes. Lev Nikoláievich pasó todo el día con nosotros y, eligiendo un momento en que nadie nos veía, me pidió que

fuéramos a la alcoba de mi madre, en donde en ese momento no había nadie.

—Quería hablar con usted—dijo—, pero no pude. Así que aquí tiene esta carta que llevo desde hace días en el bolsillo. Léala. Me quedará aquí esperando su respuesta.

PETICIÓN DE MANO

Cogí la carta y volé escaleras abajo, a la alcoba de nosotras, las hijas, las tres hermanas. Éste es el contenido:

Sofia Andréievna, ya no puedo más. Hace tres semanas que cada mañana me repito: «Hoy se lo diré todo», y me despido de usted con la misma melancolía, arrepentimiento, miedo y felicidad en el alma. Y cada noche, como ahora, repaso lo sucedido, me atormento y pienso: «¿Por qué no se lo habré dicho? ¿Y cómo y qué le habría dicho? Me llevaré esta carta conmigo para entregársela en caso de que, una vez más, no pueda o no tenga el valor de decírselo todo». La opinión falsa que su familia tiene de mí se basa, me parece, en que me creen enamorado de su hermana Liza. No es justo. El relato que usted escribió se me ha quedado en la cabeza,¹³ porque cuando lo leí me convencí de que yo, Dublitski, no debía soñar con la felicidad que sus poéticas, sus perfectas exigencias de amor... que no he envidiado ni envidiaré a la persona de la que usted se enamora. Tuve la impresión de que podía ser feliz con su sola presencia, como uno es feliz con un niño.

En Ivitsy escribí: ¹⁴ «Su presencia me recuerda con demasiada vivacidad mi vejez y la imposibilidad de ser feliz, y precisamente usted...».

Pero tanto entonces como después, me mentía a mí mismo. En aquel momento habría podido romperlo todo y volver a mi monasterio de trabajo solitario y apasionado. En este momento, en cambio, ya no puedo hacer nada, siento que he sembrado la confusión en su familia, que mis relaciones con usted, simples y preciosas como la amistad con un hombre honrado, se han perdido. Ya no puedo irme y no me atrevo a quedarme. Dígame, usted que es una mujer honesta, con la mano en el corazón—sin precipitación, por el amor de Dios, sin precipitación—, dígame qué debo hacer.

Nunca hay que decir de esta agua no beberé. Me habría muerto de risa si hace un mes alguien me hubiera dicho que pasaría por los suplicios por los que, feliz, ahora estoy pasando. Dígame con toda honradez: ¿quiere ser mi esposa? Dígame que sí sólo si puede hacerlo audazmente, desde el fondo de su corazón; pero si hubiera aunque sólo fuese la sombra de una duda, mejor dígame que no.

Por el amor de Dios, pregúnteselo con todo cuidado. Sería terrible para mí oír «no», pero es algo que puedo prever y encontraré la fuerza para soportarlo; pero no ser amado como marido tanto como yo amo sería para mí terrible.¹⁵

La carta no la leí bien bien de entrada, sólo la recorrí con los ojos hasta las palabras: «¿Quiere ser mi esposa?». Y estaba a punto de volver a subir la escalera e ir adonde estaba Lev Nikoláievich con mi respuesta afirmativa, cuando me topé en la puerta con mi hermana Liza, que me preguntó:

—¿Qué te dijo?

—Le comte m'a fait la proposition ['El conde se me ha declarado']
—le respondí a toda prisa.

Entró mi madre y de inmediato entendió lo que ocurría. Me tomó con firmeza por los hombros y llevándome hacia la puerta, me dijo:

—Ve a buscarlo y comunícale tu respuesta.

Como si me hubiesen salido alas, a una velocidad vertiginosa subí la escalera, atravesé el comedor y la sala, y entré en la alcoba de mi madre. Lev Nikoláievich estaba de pie, apoyado contra la pared en un rincón de la pieza, esperándome. Me acerqué y él me tomó ambas manos.

—¿Y bien?—preguntó.

—Sí, por supuesto que sí—respondí.

Al cabo de unos minutos toda la casa estaba enterada de lo que había ocurrido, y todos comenzaron a felicitarnos.

EL DÍA DEL SANTO. LA NOVIA

Al día siguiente, el 17 de septiembre, era el día del santo de mi madre, Liúbov Alexándrovna, y el mío. Todos los parientes moscovitas, los amigos y conocidos llegaron a felicitarnos y a todos les anunciamos los esponsales. Un antiguo profesor de la universidad, el que nos había enseñado francés a mi hermana y a mí, al enterarse de que era yo quien iba a casarse con Lev Nikoláievich, y no mi hermana mayor, dijo con toda ingenuidad:

—C'est dommage, que cela ne fut mademoiselle Lise, elle a si bien étudié. [‘Es una pena que no sea la señorita Liza, que era tan buena alumna’].

La pequeña Katia Obolénskaia se lanzó a abrazarme y dijo lo contrario:

—¡Qué alegría me da que sea usted quien se casa con alguien que es tan buen hombre y tan buen escritor!

Sólo fui novia una semana: del 16 al 23 de septiembre. Me llevaron de tiendas y yo, con indiferencia, me medía los vestidos, la lencería, los sombreros... Lev Nikoláievich me visitaba cotidianamente, y uno de aquellos días me trajo su diario para que lo leyera. Me acuerdo de cuánto me lastimó la lectura de aquellos diarios que él, por un exceso de honestidad, quiso que leyera antes de la boda. Mejor no lo hubiera hecho: lloré mucho al enterarme de su pasado.

Recuerdo que una vez, una noche, mi mamá y mis hermanas fueron al teatro. Estaban dando Otelo y actuaba Aldridge,¹⁶ que entonces era un actor muy afamado. Mi mamá nos envió una calesa, para que nosotros también fuéramos al teatro. Recuerdo que yo tenía un poco de miedo de Lev Nikoláievich, miedo de que él se desilusionara pronto de mí, una muchachita tonta e insignificante. Y así, casi todo el camino lo hicimos en silencio.

En otra ocasión llegó temprano y nos encontró a mi amiga Olga Z.¹⁷ y a mí sentadas en la sala, junto a la ventana. Ella lloraba amargamente.

Lev Nikoláievich se sorprendió:

—Parece que esté usted enterrándola—dijo.

—Es una desgracia, se la lleva usted y no la volveremos a ver—dijo en francés, incapaz de contener sus palabras.

Esa semana pasó como un mal sueño. Para muchos la boda resultaba una desgracia, pero Lev Nikoláievich tenía una prisa terrible por que nos casáramos. Mi mamá decía que había que coser si no toda la dote, sí por lo menos lo más indispensable.

—Pero ¡si tiene ropa!—respondía Lev Nikoláievich—, y encima siempre va tan elegante.

Algo alcanzaron a confeccionarme a las volandas. Lo más importante era el atuendo para la boda, ya que se había fijado el 23 de septiembre para celebrarla: a las 7 de la noche, en la iglesia de palacio. En casa estábamos muy atareados con los preparativos, pero también Lev Nikoláievich tenía muchos quehaceres. Compró un bello carruaje en el que se podía pasar la noche, encargó fotografías de toda mi familia, me regaló un broche con un brillante. También se hizo sacar un retrato que le pedí engastara en el brazalete de oro que me había regalado mi padre.

Otros muchos quehaceres y contrariedades tuvo con un cierto señor Stelovski,¹⁸ a quien Lev Nikoláievich había vendido sus obras. Pero tanto regalo y tanto atuendo no me procuraban ni felicidad ni entusiasmo, no era eso lo que me interesaba. Mi atención estaba completamente centrada en mi amor y en el miedo que me daba perder el amor de Lev Nikoláievich. Miedo que me acompañó a lo largo de toda la vida, quedándose en mi corazón, aunque, gracias a Dios, conservamos el amor durante los cuarenta y ocho años de nuestra vida en común.

Un día en que Lev Nikoláievich y yo hablábamos de nuestro futuro, me ofreció que eligiera dónde quería vivir después de la boda. Podíamos quedarnos en Moscú, con la familia, viajar al extranjero, o ir directamente a Yásnaia Poliana. Y yo elegí esto último, para comenzar de inmediato una vida seria, familiar, en casa. Y a Lev Nikoláievich, al parecer, esto le dio mucho gusto.

LA BODA

Llegó la fecha de la boda, el 23 de septiembre. No estuve con Lev

Nikoláievich en todo el día. Sólo pasó a verme un momentito y nos sentamos sobre las maletas que ya habían sido colocadas en el carruaje. Él se puso a torturarme con interrogatorios y dudas a propósito de mi amor por él. Llegué incluso a tener la impresión de que quería huir, que la boda lo asustaba. Me eché a llorar. Llegó mi madre y arremetió contra Lev Nikoláievich. «Vaya momento que ha elegido para acongojarla—dijo—. ¡Hoy es la boda! ¡Ya sin esto las cosas son para ella difíciles y aún queda el viaje por delante. Mírela, está hecha una Magdalena».

Lev Nikoláievich pareció sentirse avergonzado. Se fue rápidamente y ese día comió con los padrinos de la boda por parte suya: Vasili Stepánovich y Praskovia Fiódorovna Perfiliev. Ellos le dieron la bendición y lo acompañaron a la iglesia. Como testigo, Lev Nikoláievich invitó a Timiriázev,¹⁹ y Serguéi Nikoláievich, el hermano de Lev Nikoláievich, se fue a Yásnaia Poliana para que todo estuviera preparado para recibirnos cuando llegáramos.

Por parte de Lev Nikoláievich también llegó a la boda su tía, Pelaguiá Ilínichna Yushkova. Ella iba conmigo en la carroza, y también iba mi hermano pequeño, Volodia, llevando el icono.

Cuando dieron las seis, mis hermanas y mis amigas comenzaron a vestirme y a acicalarme. Yo había pedido que no llamaran a ningún peluquero y me peiné sola; las damas prendieron flores en el largo velo de tul. El vestido también era de tul, según la moda de entonces, con un cuello muy escotado y con mangas. Todo esto me envolvía como si fuera una nube, tan delicado y etéreo era. Los flacos hombros y los brazos aún no desarrollados del todo de aquella pequeña niña, tenían un aspecto huesudo y lamentable.

Pero he aquí que ya estoy lista, esperando al chofer que el novio debía enviar con la noticia de que ya se encontraba en la iglesia. Pasó una hora, incluso más, y ni sus luces. Por mi cabeza llegó a cruzar la idea de que quizá hubiera huido, había estado tan raro por la mañana... Pero en vez del chofer, apareció, muy agitado y nervioso, Alexéi Stepánovich, el lacayo que bizquea, exigiendo que se abrieran las petacas y se sacara de ellas una camisa limpia. Con todos los preparativos para la boda y para la partida, olvidaron dejar una camisa limpia afuera. Mandaron comprar una, pero era domingo y todas las tiendas estaban cerradas. El tiempo que

tardaron en llevar la camisa al novio, el tiempo que éste tardó en vestirse y llegar a la iglesia, a mí me pareció eterno. Por fin apareció el esperado chofer y anunció que el novio ya estaba en el templo. Comenzaron las despedidas, las lágrimas, los llantos y yo acabé muy acongojada.

—¿Qué vamos a hacer sin nuestra condesita?—se lamentaba la nana, que desde mi más tierna infancia me llamaba así seguramente porque me habían puesto el nombre de mi abuela, la condesa Sofía Petrovna Zavadóvskaia.

—Me moriré de tristeza sin ti—decía mi hermana Tania.

Mi hermanito Petia me miraba muy desconsolado con sus tristes ojitos negros. Mi madre me evitaba y se dedicaba a los preparativos de la boda con verdadero ahínco. Todos tenían el alma ensombrecida por la inminente separación.

Mi padre estaba enfermo. Fui a su gabinete a despedirme de él, y me pareció emocionado y menos rígido. Alistaron el pan y la sal, y mi madre tomó el icono de Sofía mártir; a su lado estaba mi tío Mijaíl Alexándrovich Isléniev, el hermano de mi madre, y todos me dieron su bendición.

Con mucha solemnidad y en silencio nos subimos al carruaje para ir a la iglesia, que estaba a dos pasos de la casa donde vivíamos. Lloré todo el camino. El jardín de invierno y la iglesia de la corte dedicada a la Natividad de la Virgen estaban maravillosamente iluminados. En el jardín de invierno del Palacio me recibió Lev Nikoláievich, me tomó de la mano y me llevó hasta las puertas de la iglesia, donde nos recibió el sacerdote. Con una de sus manos tomó las nuestras y nos condujo hasta el facistol. Cantores de la corte salmodiaban, oficiaban dos sacerdotes, y todo estaba engalanado con elegancia y solemnidad. Los invitados ya habían llegado. La iglesia estaba llena tanto de gente de fuera como de gente que servía en el palacio. El público comentaba mi extrema juventud y mis ojos lacrimosos.

La ceremonia de nuestra boda la describió con maestría Lev Nikoláievich en su novela Anna Karénina, cuando escribió la boda de Levin y Kitty. Con fuerza y maestría refirió tanto el aspecto

externo de la ceremonia como el proceso psicológico en el alma de Levin. En cuanto a mí, durante los últimos días había vivido tantas inquietudes que, cuando tuve la corona sobre la cabeza, ya no sentía ni experimentaba nada. Me parecía que estaba ocurriendo algo de lo que no había duda, algo tan inevitable como un fenómeno de la naturaleza. Que todo estaba sucediendo como debía suceder, y que cualquier razonamiento estaba fuera de lugar.

Mis testigos fueron mi hermano Sasha y su antiguo compañero de regimiento P.,²⁰ que entonces ya era oficial de la guardia.

Terminó la ceremonia, nos felicitaron y, ya solos, Lev Nikoláievich y yo partimos en la calesa. Él se mostró tierno y, creo, estaba feliz... En casa, en el Kremlin, se había preparado todo lo que acostumbra haber en las bodas: champaña, frutas, golosinas, etcétera. Había pocos invitados, sólo los familiares y los amigos más cercanos.

Me cambiaron el atuendo de la boda por ropa de viaje. Nuestra ya muy anciana sirvienta Varvara, a la que el bromista doctor Anke, un antiguo amigo de papá, llamaba Ostra y que se iría conmigo, se afanaba junto con Alexéi, el lacayo de Lev Nikoláievich, para terminar de acomodar todas las cosas.

LA DESPEDIDA Y LA PARTIDA

Trajeron seis caballos de postas con postillón, los engancharon en un nuevo coche cama, que Lev Nikoláievich había adquirido recientemente, ataron arriba de la carroza los baúles negros, relucientes, ceñidos con cuerdas, y Lev Nikoláievich comenzó a apremiar para que partiéramos cuanto antes.

Un nudo desagradable y doloroso que me impedía respirar con libertad se me quedó atravesado en la garganta. De pronto, por primera vez en la vida, me di cuenta cabal de que me separaba para siempre de mi familia, de aquellos a los que tanto amaba, y con quienes había vivido desde que nací. Pero contuve mis lágrimas, mi pena. Comenzaron las despedidas. ¡Fue terrible! Al despedirme de mi padre enfermo, sin embargo, ya no pude contener el llanto. Me acerqué a despedirme de mi hermana Liza, la miré directamente a los ojos, y también sus ojos se llenaron de lágrimas. Mi hermana Tania lloraba muy fuerte, como una niña pequeña, secundada por

mi hermano Petia, que a propósito había bebido una cantidad considerable de champaña para mitigar su pena, según explicó él mismo, y a quien tuvieron que llevarse a dormir. Bajé, besé y bendije a mi hermanito Viacheslav, que entonces tenía sólo dos años y estaba durmiendo. Me despedí de la nana, Vera Ivánovna, que entre sollozos se puso a darme besos en la cara, en los hombros, donde fuera. La viejecita Stepanida Trífonova, que había vivido con nosotros treinta y cinco años, sin ocultar su pena, me deseó felicidad.

Habían llegado los últimos minutos. A propósito había yo dejado a mi madre para despedirme de ella al final. Justo antes de subirme a la carroza, la abracé con fuerza. Llorábamos las dos a lágrima viva. En aquellas lágrimas, en aquella despedida había agradecimiento mutuo por todo lo bueno que con nuestro amor nos habíamos dado, había perdón por los sinsabores involuntarios que nos habíamos ocasionado, había desconsuelo por la separación de la madre amada y su deseo maternal de que fuese yo feliz.

Cuando por fin me decidí a separarme de mi madre y, sin volver la vista atrás, me subí a la carroza, ella lanzó un grito tan desgarrador, que mucho tiempo después, si no toda la vida, lo recordé. Recordé ese grito, ese lamento de su corazón del que parecía hubiesen arrancado una parte.

Una lluvia de otoño caía sin parar; en los charcos se reflejaban amortiguados los faroles de las calles y los faros recién encendidos de la carroza. Los caballos golpeaban impacientes con las pezuñas y, de pronto, los que estaban delante, con el postillón, se echaron a andar. Lev Nikoláievich cerró la puerta de la carroza una vez que estuvimos dentro. Alexéi Stepánovich se subió de un salto al asiento trasero y también nuestra vieja Ostra, Varvara, se encaramó. Chapalearon en los charcos los caballos, y partimos. Agazapada en un rincón, deshecha de cansancio y de tristeza, no paraba yo de llorar. Lev Nikoláievich parecía muy sorprendido e incluso desconcertadamente disgustado. Él no había tenido una verdadera familia, ni padre ni madre; había crecido sin ellos, y entenderme, siendo varón, no podía. Me insinuó que seguramente lo amaba yo poco, ya que me resultaba tan difícil separarme de mi familia. En ese momento fue incapaz de entender que si amaba yo tanto y tan

apasionadamente a mi familia, mi capacidad de amar sería la misma para él y para nuestros hijos. Y así fue.

Cuando Moscú quedó atrás, todo estaba sumido en la oscuridad y parecía siniestro. Nunca antes había viajado en otoño ni tampoco en invierno. La falta de luz y de faroles me agobiaba. Hasta llegar a la primera estación, creo que era Biriulevo, casi no hablamos. Recuerdo que Lev Nikoláievich fue esmeradamente tierno conmigo. En Biriulevo a nosotros, jóvenes, y además con títulos, llegados en una carroza de seis caballos con un coche cama nuevo, nos abrieron la alcoba imperial, espaciosa, semivacia, con algunos muebles de madera forrados de tela burda, e incomodísimos. Trajeron el samovar, prepararon el té. Yo me enrosqué en un rincón del diván y me quedé ahí calladita, como una condenada.

—A ver, ocúpate, sirve el té—dijo Lev Nikoláievich.

Obedecí y comenzamos a tomar el té, pero yo me sentía muy desconcertada y tenía miedo de todo. No me atrevía a pasar al «tú». Evitaba, de todas las maneras posibles, dirigirme a Lev Nikoláievich, y mucho tiempo después, seguí hablándole de «usted».

El viaje de Moscú a Yásnaia Poliana duró casi veinticuatro horas, y al día siguiente de nuestra partida, ya cerca de la noche, llegamos por fin a casa, lo que me dio una gran alegría. Aunque era extraño. Estaba yo en casa. ¿Y dónde? En Yásnaia Poliana.

Mi primera impresión, apenas entrar en la casa en la que estaría destinada a vivir medio siglo, fue la tía Tatiana Alexándrovna, con el icono de la Virgen con el niño, y a su lado Serguéi Nikoláievich con el pan y la sal. Me incliné a sus pies, me persigné, besé el icono y a la tía. Lev Nikoláievich hizo lo mismo. Después fuimos a la habitación que ocupaba Tatiana Alexándrovna, donde estaba Natalia Petrovna.

Aquel día comenzó mi vida en Yásnaia Poliana, de donde casi no salí durante los primeros dieciocho años. Lev Nikoláievich escribió en su diario: «25 de septiembre de 1862. ¡Inconcebible felicidad! No puede ser que todo esto termine con la vida».²¹

Ilyá Repin (1844-1930) fue un destacado pintor y escultor ruso que perteneció al movimiento de los Peredvístzniki. Fue amigo de Tolstói durante más de treinta años.

Para Repin, los primeros encuentros con el escritor tuvieron una importancia como nada había tenido en su vida. El 14 de octubre de 1880, le escribió a Tolstói: «Sigo bajo la impresión de su visita. Me ha dado mucho qué pensar. Fue usted generoso e indulgente, alabó mis proyectos y me animó a seguir adelante con ellos, pero jamás antes había sentido con tanta claridad cuán nimios y vacuos son».

A Repin se deben varios retratos de Tolstói (óleo, acuarela, tinta y lápiz). Tolstói en su escritorio (1887), Tolstói en el sillón (1887), El sembrador (1887) y otros. También ilustró varios de los libros de Tolstói.

DE MI TRATO CON TOLSTÓI*

ILYÁ REPIN

Lev Nikoláievich Tolstói, como toda personalidad arrolladora, posee la sorprendente particularidad de producir en quienes lo rodean un estado anímico especial. No importa dónde aparezca, de inmediato avanza bien provisto hacia el mundo moral de la persona y ya no queda espacio para nada que tenga que ver con los intereses mundanos.

A mí, la atmósfera espiritual de Lev Nikoláievich siempre me resultó inquietante, apasionante. Como hipnotizado, en su presencia yo ya sólo podía someterme a su voluntad. Si estaba delante, cualquier tesis que él aventurara me parecía irrefutable.

Sus tratados son conocidos, no voy a detenerme en ellos. Aquí, en esta breve crónica, sólo quiero relatar algunos episodios relacionados con su vida cotidiana, que tuve la fortuna de presenciar.

EN MOSCÚ, 1880

Su primera aparición.

Al caer la tarde en mi pequeño estudio de la callejuela Bolshói Trubnyi, de pronto todo adoptó el tono del alba y se estremeció con una excitación especial cuando entró un caballero robusto de espesa barba cana, cabeza grande, vestido con una larga levita negra.²²

Lev Tolstói. ¿Será posible? ¡Pues sí, así es! Yo conocía bien los retratos que le había hecho Iván Nikoláievich Kramskói y hasta este momento siempre me había imaginado que Lev Tolstói era un caballero muy original, un conde, alto de estatura, atezado, con una cabeza no tan grande...

En cambio éste era un hombre raro, alguien que actuaba guiado por la pasión, un predicador convencido. Habló con una voz profunda, cordial... Por alguna razón parecía entre conmovido y consternado; en su voz se percibía una nota trágica, y desde debajo de sus pobladas cejas amenazadoras, sus ojos brillaban con el

resplandor fosfórico del arrepentimiento riguroso.

Nos sentamos en mi mesa de roble y tuve la impresión de que él continuaba desarrollando el discurso que había comenzado hacía ya mucho tiempo sobre lo inadmisible de nuestra indiferencia por todos los horrores de la vida: estamos tan acostumbrados a ellos que ya no los vemos, nos hemos habituado y continuamos viviendo y avanzando de manera criminal por el execrable camino del libertinaje; carecemos de conciencia en nuestra manera injusta de tratar a las personas miserables que nos rodean, que han sido desvergonzadamente sometidas por nosotros, y a las que tiranizamos continuamente.

Y mientras más hablaba, más se excitaba y bebía con frecuencia sorbos de agua de uno de los vasos de la garrafa.

Sobre la mesa ya estaba encendida la lámpara, un lúgubre y misterioso presagio pendía en el aire. Parecía que estuviéramos en vísperas del Juicio Final... Era algo nuevo y aterrador...

Cuando se levantó para irse, le pedí autorización para acompañarlo hasta su casa: un cuarto de hora a pie.

Al despedirnos, me propuso que por las tardes, al terminar mi trabajo, si tenía tiempo y estaba libre, pasara por su casa para dar juntos el paseo de antes de cenar.

Esos paseos tuvieron lugar casi cotidianamente mientras los Tolstói, antes de volver a Yásnaia Poliana, estuvieron en Moscú.

Caminábamos por los interminables bulevares moscovitas sin percatarnos de la distancia: Lev Nikoláievich era un conversador extraordinario e inagotable.

Sus reflexiones apasionadas y radicales por de más, me inquietaban tanto que después no lograba conciliar el sueño, en la cabeza no paraban de darme vueltas sus juicios implacables sobre las ya caducas formas de vida.

Pero de entre todo aquello que negaba lo más doloroso para mí era la cuestión del arte: Tolstói repudiaba el arte.

—Estoy dispuesto a sumarme a esa gran mayoría de nuestra gente pensante que le reprocha que haya usted alejado de sí mismo ese maravilloso don divino.

—¡Ah, ese reproche! Me recuerda a los niños que le exigen a la nana que les cuente siempre el mismo cuento, el cuento de la víspera. ¿Sabe a qué me refiero? Sólo quieren ese cuento, el conocido, no aceptan uno nuevo. Yo conozco a un artista joven que abandonó el arte: se percató de que dedicarse en este momento al arte es simple y sencillamente inmoral. Se fue de maestro a una aldea.

Como ya íbamos con un retraso considerable para la comida, volvimos en el trenecito tirado por caballos. Por supuesto nos sentamos en la banca imperial de la parte superior, como a él le gustaba.

Al caer la tarde, Moscú se iluminaba con la luz de las bombillas; desde ahí arriba donde estábamos, era interesante observar la ciudad que en esos momentos bullía con el movimiento apresurado de sus habitantes. El tupido hormiguero se iba hundiendo en el azul cada vez más oscuro de las calles, en la penumbra. Pero yo me encontraba muy lejos de este prosaísmo, la conciencia me torturaba.

—¿Sabe en qué me hace pensar su arte y la pasión que siente por él?—dijo Lev Nikoláievich—. En un labrador que necesita arar un campo y alguien le cierra el paso y, mostrándole unos gusanitos que gustosos se retuercen en la tierra, le dice: «Pero tenga compasión de estos pobres gusanitos que tan a gusto están, ¡es una salvajada!». O bien: «¿¡Podría evitar rozar estas preciosas flores silvestres!?!». Eso viene a ser el arte para la época tan difícil en que vivimos.

YÁSNAIA POLIANA

En agosto de 1891 vi en Yásnaia Poliana a un Lev Nikoláievich mucho más sencillo.

Esto se manifestaba en su manera de vestir: una camisa negra de confección doméstica, unos pantalones negros ajenos a cualquier moda y una gorra blanca con visera, bastante ajada. Y, a pesar de lo humilde de toda su vestimenta, y de los zapatos calzados sobre los

pies desnudos, su figura sorprendía por imponente. Al verlo no quedaba ni rastro del testimonio de una persona que en los años sesenta había enseñado en la escuela campesina de Yásnaia Poliana: «¿Cómo? ¿El propio Tolstói? Pero si él es conde de toda la provincia».

Con frecuencia, siguiendo un sendero en el bosque, íbamos juntos a darnos un baño a un par de verstas, a la caseta que ellos tenían a la orilla de un riachuelo de agua muy fría.

En cuanto salía de la hacienda, Lev Nikoláievich se quitaba sus viejos zapatos, que él mismo había confeccionado, los encajaba detrás de su cinturón y continuaba descalzo. Caminaba con paso rápido, seguro, con ese paso que era habitual en él, sin reparar en las ramitas y las pequeñas piedras que había desperdigadas por el camino. A duras penas lograba yo ir a su ritmo y, durante las dos verstas de nuestra caminata me acaloraba tanto, que me parecía indispensable sentarme durante un cuarto de hora para enfriarme. Lanzarme al agua helada era arriesgarme a pillar un resfriado.

—Eso no son sino prejuicios—decía Lev Nikoláievich, quitándose muy diligente su poco complicada indumentaria y, pese a los abundantes chorros de sudor que corrían por su espalda, se lanzaba de un salto al agua fría—. No pasa absolutamente nada—decía ya desde el agua.

Todavía no había yo tenido tiempo de enfriarme cuando él, que ya se había dado su baño, se vestía presto y, se encaminaba a recoger setas.

Sí, una figura imponente, fuera de lo común: un vagabundo con una cesta por el bosque, pero con el porte de un militar por su andar rápido y, sobre todo, por la forma de llevar aquella gorra blanca con visera, ligeramente ladeada.

Cejas pobladas y amenazadoras, ojos penetrantes... Se trataba, sin duda, de un amo y señor. Nadie se atreve a acercarse a él sólo porque sí, o a gastarle alguna broma. Y, sin embargo, es la persona más buena del mundo, la que tiene el alma más delicada; es un verdadero aristócrata por sus maneras y por la particular elegancia de su forma de hablar. ¡Con cuánta soltura y cuánto refinamiento

habla en lenguas extranjeras! ¡Qué atento, generoso y sencillo es en su trato con los demás! ¡Y cuánta vida, cuánta pasión hay en este eremita! Jamás me había topado con una persona que tuviera una risa tan contagiosa. Recuerdo una vez, después de comer, en la terraza de los Tolstói en Yásnaia Poliana, el escultor Ginsburg se puso a imitar, frente a la familia y a los huéspedes, a algunas personas. Todo el mundo reía, por supuesto. Pero Ginsburg comentó más tarde que le daba miedo mirar a Lev Nikoláievich desde el tablado porque, al verlo, era imposible no estallar en carcajadas. Yo, en cambio, lo confieso: me olvidé de todo y tenía los ojos puestos en Lev Nikoláievich, no lograba quitar la mirada de aquella expresión.

La vida se desborda en su naturaleza de artista ricamente dotada.

Sólo los sabios de todos los tiempos y de todos los pueblos, aquellos que han amado a Dios, son para él una compañía grata, sólo con ellos se siente a gusto, sólo con ellos está en su ambiente. Queda claro que su religiosidad nada tiene que ver con ningún culto religioso definido y formal, en él se generaliza en un concepto: Dios es uno para todos.

En un lugar impresionante, en el corazón de un bosque joven, al borde de una larga pendiente, Lev Nikoláievich me contó que de niños, él y sus hermanos jugaban allí con otros niños, y también que Nikolái, su hermano mayor, era quien dirigía los juegos. Una serie de juegos con una enigmática varita terminó en el misterioso entierro de la misma. Entonces se dijo que cuando la varita fuese encontrada, una vida paradisiaca reinaría en la tierra.²³

—Todos los niños adorábamos a nuestro hermano Nikolái y con frecuencia pasábamos largo rato buscando la enigmática varita— recordaba Lev Nikoláievich.

—A partir de aquí seguiré solo—dijo de pronto Lev Nikoláievich durante el paseo. Al ver que me había sorprendido, añadió—: A veces me gusta quedarme durante un buen rato en algún lugar apartado del bosque y rezar.

—Pero ¿acaso se puede rezar durante mucho tiempo?—pregunté yo ingenuamente y de inmediato pensé: «¡Ah!, justo eso es el “bien

hacer” de los monjes de la antigüedad».

—Una hora pasa sin que se dé uno cuenta—respondió Lev Nikoláievich pensativo.

—Y... ¿me permitiría quedarme entre los matorrales y aprovechar ese tiempo para dibujarlo?

Era la época en la que lo dibujaba aprovechando cualquier oportunidad. Pero en este caso me di cuenta de inmediato de la tremenda falta de tacto de mi pregunta:

—Discúlpeme, no, no me atrevería a...

—¡Ah, pero si no hay nada de malo! Si yo ahora, cuando se trata de dibujarme, igual que una joven que ha perdido el honor y la conciencia, no le digo que no a nadie. Así que... ¡Adelante! Dibújeme, si eso es lo que necesita—consintió Lev Nikoláievich con una amplia sonrisa.

Y yo hice un estudio de él rezando, descalzo. Y en ese momento se me ocurrió pintarlo en tamaño natural. Me parecía algo importante.

Tatiana Lvovna me dejó su caballete, pero resultó pequeño y hubo que hacerle un añadido.

Lev Nikoláievich, con inmensa generosidad, posó también para un retrato grande (nos instalamos más cerca, en el jardín) e incluso le dio el visto bueno a mi trabajo. En general, Lev Nikoláievich tiene debilidad por el arte, y se entusiasma sin proponérselo.

Un caluroso día de agosto, en el momento en que más pegaba el sol, después del desayuno, Lev Nikoláievich se dispuso a arar el campo de una viuda;²⁴ me permitieron acompañarlo. Nos pusimos en camino a la una de la tarde. Él llevaba puesta una gorra blanca de verano y un ligero sobretodo encima de la camisa de tela de cáñamo que tenía un tono alilado. En la caballeriza, Lev Nikoláievich tomó dos caballos de tiro, les puso las colleras sin la retranca y los tiró de las riendas.

Más allá del caserío de la aldea de Yásnaia Poliana, entramos en un patio pequeño y mísero. Lev Nikoláievich me dio las riendas de uno

de los caballos para que lo detuviera, y al otro, con las tiras de la collera, le ató la atabladera que estaba por ahí en el patio—tosca, mal hecha, como con astas—. Niveló las tiras que unen la volea con la collera, y se dirigió a la cochera que tan bien conoce. Sacó el arado y, después de estar un momento trajinando con las rejas y las distintas cuerdas del arado, preparándolos con destreza, como el carpintero prepara la sierra, enganchó el otro caballo al arado.

Cogió el abrigo, sacó del bolsillo lateral una botellita de agua, la llevó hasta el barranco oculto por los matorrales y la cubrió con su abrigo. Cuando tuvo atadas a su propio cinturón las riendas del caballo de atrás, tomó en sus manos los varales del arado. Monótono, largo hasta el fastidio...

Seis horas, sin descanso, estuvo arando la negra tierra, ya subiendo por la colina, ya bajando por la suave pendiente que lleva al barranco.

Yo tenía en las manos un álbum pequeño y, sin desaprovechar el tiempo, me coloqué al lado de la línea por la que debía pasar, capturando con apenas unos trazos el momento en que pasaba frente a mí todo el cortejo. Eso duraba menos de un minuto y, para duplicar el tiempo, atravesaba por la tierra ya labrada al lado contrario, a unos veinte pasos de distancia, y volvía a colocarme ahí, en espera del grupo. Únicamente verificaba los contornos y la relación entre los tamaños de las figuras; las sombras vendrían después, desde un solo punto, en un solo momento.

Varias veces pasaron campesinos de Yásnaia Poliana, descubriéndose la cabeza, haciendo una reverencia, y siguiendo su camino, como sin darse cuenta de la hazaña del conde.

Pero hubo un grupo, seguramente de campesinos de más lejos, un mujik, su mujer y una muchacha jovencita, que se detuvieron largo rato. Y, cosa curiosa: jamás en la vida había yo visto una expresión tan clara de ironía en el sencillo rostro campesino, como en estos campesinos. Finalmente se miraron con una sonrisa de perplejidad y siguieron su camino.

Y el gran labriego, inmutable, continuó moviéndose metódicamente adelante y atrás, añadiendo surcos a la tierra. Lo único que

cambiaba eran las sombras, por el sol, y la camisa de cáñamo que se hacía cada vez más y más oscura, sobre todo en el pecho, los omóplatos y los hombros debido al sudor y a las partículas de tierra negra que se le adherían. De vez en cuando, tras haber subido por la tierra mullida hasta alguna parte elevada del terreno, dejaba un momento el arado e iba al barranco a tomar agua de la botella, aderezada con un chorrito de vino blanco. Su cara resplandecía al sol por los chorros de sudor que, mezclados con el polvo negro, se deslizaban por los surcos de su rostro.

Finalmente me decidí a pedirle que me permitiera intentar arar la tierra. Con mucho trabajo logré trazar un surco colina arriba—terriblemente torcido—, y para cuando llegué a la parte elevada del terreno, apenas si pude dar diez pasos. ¡Qué difícil es! Los dedos, por la falta de costumbre de aferrar aquellas gruesas varas, se me durmieron, no aguantaban más; los hombros estaban terriblemente cansados, debido a que constantemente había que levantar el arado para que los surcos fuesen regulares, y en los codos, siempre fijos en un mismo punto de flexión, tenía un dolor intolerable producido por estar maniobrando la palanca. No tenía ganas de orinar. «Todo se elimina por sudor de la cara», pensé, enjugándome.

—Es la falta de costumbre—dijo Lev Nikoláievich—. A mí también me costó acostumbrarme; y ya verá mañana cómo va a sentir el trabajo de hoy en los brazos y en los hombros. Sí, el trabajo físico es el más pesado—añadió con una sonrisa bondadosa.

Y de nuevo empezó su interminable y pesado ir y venir por la mullida tierra arada. Ahí está, Mikula Selianovich,²⁵ a quien no hay valiente en armadura que pueda vencer. Las armas de Mikula no son sino la paciencia y la costumbre de un trabajo como éste.

Volvimos a la casa de noche; hacía frío y el cielo se había cubierto de estrellas. Estaba ya tan fresco que temí que pudiera resfriarse. Su camisa estaba absolutamente empapada. En las ventanas de la casa la luz brillaba acogedoramente: nos estaban esperando para cenar. Y yo podía haber dicho como la mosca: «Anduvimos arando».

DURANTE EL AÑO DE LA HAMBRUNA

El invierno de 1892, durante la hambruna, estuve con Lev

Nikoláievich en la provincia de Riazán, donde él alimentaba a las víctimas del hambre en comedores organizados por él mismo. Había caído una cantidad increíble de nieve. Los montones de nieve cubrían los caminos alisándolo todo, incluso los barrancos más hondos.

La zona en la que estaban los comedores de Lev Tolstói se extendía a lo largo de unas treinta verstas, y Lev Nikoláievich las recorría varias veces a la semana para comprobar que las cosas funcionaran.

—¿No quiere ir conmigo?—me invitó.

—Por supuesto, con mucho gusto.

—Pero lleva usted un capote de ciudad, no es suficiente, en el campo el viento sopla implacable, hay que abrigarse más. ¿No quiere ponerse mi zamarra?

Era una zamarra de cordero negro, revestida con paño azul, y pesaba tanto que era difícil incluso levantarla, así que decidí quedarme con mi capote; sólo le pedí algo más para echarme encima. Y, lo más importante, unas botas de fieltro.

—Sí, tiene que ponerse unas botas de fieltro. ¿Qué lleva? ¿Unos chanclos altos? No, no, sin las botas de fieltro no puede ir, ya verá. Tenemos unas de reserva.

Y sí, lo vi (me convencí estando allá) y me sentí feliz de haberme puesto las botas.

Era un día frío, debía de hacer unos veinte grados Réaumur cuando soplaban el viento del norte, y la luz del sol deslumbraba.²⁶ En las aldeas, debido a la cantidad de nieve, se habían formado una especie de montículos que, por el frío tremendo que hacía, estaban tan compactos que parecían hechos del mármol más blanco y refulgente. Por momentos el camino era más alto que las isbas, y para acceder a ellas se habían abierto senderos en la nieve, que quedaban entre dos muros blancos. La aldea tenía una apariencia muy especial, muy distinta.

Entramos en dos lugares. En una isba grande donde, a todo lo largo

e incluso en la misma entrada, se habían preparado mesas, angostas, colocadas sobre dos soportes. Allí se daba de comer a muchos niños. La hora del almuerzo no había llegado todavía, pero los niños hacía ya mucho, desde la mañana, que esperaban. No tenían nada que hacer y estaban, o bien encima de las bancas, o bajo el alero, pero sobre todo cerca de la estufa, sentaditos uno al lado del otro. Lev Nikoláievich escuchó el reporte de las encargadas, y continuamos nuestro camino. En la otra aldea, cuando llegamos, los pupilos ya se estaban levantando de la mesa. Estaban rezando, dando las gracias y comenzaban a irse sin mayor prisa. Aquí la mayoría eran muchachitas adolescentes. Las de más edad parecían avergonzadas.

A algunas familias se les asignaban raciones. Pasamos a ver a los racionistas. Hubo una isba en la que me gustó mucho la luz: en el ventanuco, debido al reflejo del sol sobre la nieve, producía un efecto verdaderamente rembrandtiano.

Lev Nikoláievich pasó un largo rato preguntando a la encargada qué más les hacía falta, qué necesitaban los vecinos. Finalmente dimos media vuelta pensando en volver a casa por un camino distinto. Comenzaron las colinas. Era hermoso. A lo lejos se veía el Don. Tan pronto estábamos en lo alto de una colina, como en sus faldas. Nuestro trineo, en las vueltas, adquiría velocidad. Era divertido. Pero yo ya tenía ganas de volver a casa; estaba cansado de estar sentado en el trineo, tenía las piernas y los hombros agotados.

Y bien, íbamos, por fin, a toda velocidad rumbo a casa por ese camino brillante y refulgente. El caballo se había detenido cuatro veces y ahora corría impetuoso. Rechinaba el cejadero, y el arco zureaba con las varas.

—¡Ah, el bello invierno ruso!

Pero he aquí que, en bajando una de las lomas, nuestro largo y estrecho trineo, sin cuchillas, una pura tabla, cogió tremenda velocidad y dimos una amplia media vuelta ladeándonos hacia la izquierda, ¡trrrr!, y con todo y el trineo, nos fuimos para atrás. De pronto nos hundimos en un barranco y nos llevamos al caballo con nosotros; las varas se le clavaron debajo de las patas, le costaba trabajo mantenerse de pie en la resplandeciente loma; cada vez

oponía menos resistencia hasta que en un momento dado también él fue a dar al barranco hundiéndose con las varas incluso más que el trineo; sólo la cabeza sobresalía por encima de la collera. Luchó y luchó el pobre animal hasta que finalmente se echó, ya sereno... Estaba blandito. También nosotros, en el trineo, teníamos la nieve hasta el pecho.

No se me ocurría qué podíamos hacer. ¿Quedarnos ahí y esperar a que pasara alguna buena persona y nos sacara de aquel diluvio de nieve?

Pero Lev Nikoláievich, con mucha agilidad, se revolcó en la nieve, se quitó su zamarra, la de ochenta kilos, la arrojó en dirección al caballo y se puso a estrujar la nieve, para poder llegar hasta él.

—Lo primero que hay que hacer es soltarlo—dijo—, liberarlo de las correas del arnés y las varas para que pueda salir.

El viento del norte levantaba alrededor de nosotros una nube blanca de polvo de nieve. Con un fondo de cielo azul, Lev Nikoláievich, revolcándose en la nieve, daba la impresión de ser un dios de la mitología en medio de las nubes. Su cara enérgica se puso roja, su amplia barba brillaba con los destellos de las canas y la escarcha. Como si de un mago se tratara, sus movimientos eran rápidos y armoniosos. Al cabo de poco tiempo ya estaba cerca del caballo. En ese momento yo, siguiendo su ejemplo, comencé a moverme en dirección al caballo desde el lado opuesto, al final del trineo y siguiendo las varas, para ayudar. Fue ahí cuando agradecí haber llevado las botas de fieltro. ¿Qué habría hecho si hubiera llevado los chanclos? Ahora estarían llenos de nieve. ¡Qué alegría! Y pensando pensando, ya estoy junto al caballo.

Pero con el animal la cosa podía acabar en tragedia: no entendía nuestras buenas intenciones. Y, una vez que hubo descansado, de pronto quiso levantarse y se puso a agitar las patas. ¡Se va a lastimar, se puede romper una pata! A mí me tocó más de una buena coz con las herraduras.

Entre tanto, Lev Nikoláievich logró soltar la correa que aprieta la collera y sacar el arco, que lanzó hacia el trineo. Al caballo, ya liberado de las varas, lo cogió de la cola y lo colocó en dirección al

camino, a la pendiente escarpada. Éste, dando pequeños saltos, llegó hasta el camino, y Lev Nikoláievich, que no había soltado la cola, también estaba ya en el camino. Lo cogió por el ronzal y me lanzó las riendas para que atara yo las varas e intentara, con ayuda del caballo, sacar el trineo al camino.

Tenía las manos entumecidas por el frío y por la falta de costumbre. Era difícil pero, como hipnotizado, sin enterarme bien de lo que hacía, conseguía hacerlo todo: entendía lo que se me dice y hacía las cosas como había que hacerlas. Até, pues, las riendas a las varas, incluso conseguí rescatar la zamarra que se había hundido en la nieve, echarla encima del trineo y, por la ya muy apretada nieve, me encaramé con los extremos de las riendas hasta donde estaba Lev Nikoláievich. Él tiró de las riendas, las ató al cejador de la collera y... nuestro trineo salió airoso al camino. ¡Qué felicidad!

Y durante todo ese tiempo, no pasó por ahí ni un alma.

Afortunadamente, tanto el trineo como el arnés estaban en perfecto estado, sólo había que engancharlo. Lev Nikoláievich con una facilidad y una sencillez asombrosas se encargó del atelaje, como si se tratara de algo cotidiano, de algo que conocía muy bien: se coloca el arco, se levanta la pata hacia la collera, para ceñir el cejadero con la fina cinta de correa con que se aprieta la collera, se pasa la rienda por el aro del arco, se engancha el caballo y ¡listo! Sólo nos faltaba sacudir el vellón de la zamarra. Lo cogimos por los extremos y estuvimos mucho rato intentando quitarle la nieve que se le había pegado. ¡Estaba pesadísimo! Mientras lo sacudíamos, varias veces estuvimos a punto de caer. Era imposible ponérselo con toda esa nieve... Tanto ejercicio me hizo entrar en calor y acabó siendo ameno.

—¡Uf, qué cosa!—dijo contento y con una sonrisa Lev Tolstói—. Ahora bajaremos por aquella colina e iremos por el Don. Sé que el camino es bueno y abajo en el río no se forman estos montones de nieve. ¿Qué le parece? ¡Vaya barranco profundo! ¡Cuánta nieve se ha acumulado! Fue usted de mucha ayuda. Yo he observado que los artistas son seres capaces. Ghe, por ejemplo, en casos como éste, era una persona sorprendentemente versátil, ingeniosa y hábil como pocos. Pero, dígame, ¿todavía no está aterido de frío?—y rio con bondadosos ojos en los que brillaba una que otra lágrima por el

viento y el frío.

Por el apacible Don nos deslizamos con júbilo y ligereza. El caballo, mientras estuvo echado en el barranco, descansó, y el hielo sobre el río estaba liso, así que... ¡a patinar! Sólo por el lado izquierdo nos llegan las ráfagas de un viento gélido. La barba de mi mentor se partió en dos y flotaba al viento mientras recordábamos, contentos, a distintos conocidos.

—Pero ¡cómo se le ocurre! ¿Que es usted un trabajador de poco talento? ¡Ja, ja, ja! ¿Un artista sin duende? ¡Vaya! Sí que tiene gracia que piense así de sí mismo. ¿A usted le gusta mucho el arte y nunca lo va a abandonar?

—Así es.

—¡Vaya, vaya!... ¡Con cuánto brío corre el caballito ahora!... ¿Y qué fue lo que dijo? ¿Que por sus ideales éticos sigue siendo usted un pagano no ajeno a la virtud? ¿Eso fue lo que dijo? No basta, eso no basta.

De pronto vi con una claridad sorprendente que frente a nosotros, a unos treinta pasos, una parte del río se había descongelado. Del fondo del agua negra emergía un vapor frío. Me volví para mirar a Lev Nikoláievich, pero él, con absoluta serenidad, manejaba el caballo desbocado. Volábamos con ímpetu directamente al abismo. Estaba aterrado...

Al grito de «¡Dios mío!» agarraba sus dos manos con las riendas, intentando refrenarlo.

Pero... ¡era imposible detenerlo al vuelo! El caballo se resbaló, y nosotros, como en un cuento, sobrevolamos el vapor que salía de las negras profundidades.

¡Qué dicha! Tan cristalino se había congelado el Don sobre esa poza tranquila y profunda, que el polvo de nieve que revoloteaba encima, hacía pensar en vapor. Fue como si me hubiera despertado de una pesadilla, y... ¡qué avergonzado me sentí!

SAN PETERSBURGO, AÑO 1897

También en mi estudio en San Petersburgo fui honrado con una visita de Lev Nikoláievich, a quien acompañaban Sofia Andréievna y algunos de sus celosos seguidores: Chertkov, Biriukov, Gorbunov y alguien más.

Eran casi las once de la mañana cuando los inesperados huéspedes llegaron como una borrasca tempestuosa, trayendo un aire fresco a mis trabajos.

Mis queridas visitas pasaron a verme de camino a Galérnaia Gavan, donde Chertkov estaba viviendo en casa de su madre. Lev Nikoláievich había venido de Moscú para despedir a Chertkov, enviado al extranjero junto con Biriukov con un encargo administrativo.

Y así fue como en mi inmenso taller se reunió un grupo de conocidos, fieles seguidores de Lev Tolstói. Los visitantes iban todos juntos detrás del maestro, pendientes de escuchar qué diría delante de este o aquel cuadro.

La suerte recayó en El duelo.²⁷ Cuando Lev Nikoláievich estuvo frente a esta pintura, lloró y habló largamente y con admiración de ella. Todos la miraban, aprehendiendo cada una de sus palabras.

Después de la visita, bajamos por la escalera noble todos juntos a la calle, donde nos esperaba una multitud.

Una vez todos reunidos, ocupamos la acerca completa y nos dirigimos hacia la avenida Bolshaia, al lugar donde estaban los coches de caballos.

El conductor de uno de los coches, un hombre ya entrado en años, pareció atolondrarse al ver a Lev Nikoláievich, abrió inmensos los ojos y casi gritó: «¡Ah, hermanos, pero si es nada menos que Lev Nikoláievich Tolstói!», y con sumo respeto se quitó el sombrero.

Lev Nikoláievich, que llevaba puesta una zamarra corta y botas de fieltro, parecía un caudillo escita. Había algo recio en su manera de proceder: una estatua viviente de la edad de piedra.

¡Era asombroso! Los pómulos anchos, la nariz toscamente cortada,

la barba larga y espesa, las orejas muy grandes, la boca intrépida y trazada con determinación y, como las de Vii,²⁸ las cejas sobre los ojos a modo de coraza. Una apariencia imponente, amenazante, belicosa que contrastaba con el hecho de que hacía ya mucho tiempo que este caudillo y sus seguidores habían depuesto cualquier recurso a la violencia y se habían provisto, única y exclusivamente, de la certeza de la bondad para defender la paz del mundo y la libertad del espíritu.

Y Lev Nikoláievich, con su personalidad y su fisonomía, expresa la victoria del espíritu sobre el mundo de las pasiones cotidianas. Y sus ojos brillan con la luz de esa victoria.

Vladímir Grigórievich Chertkov siempre se instalaba en algún lugar de los alrededores, en sitios verdaderamente pintorescos. La belleza de su morada comenzaba desde la valla, hecha de árboles altos y ensortijados. La casa estaba al fondo del parque. Era una villa señorial de una sola planta, emplazada con mucha gracia.

Aquí, tanto en el patio como en las habitaciones, ya lo estaban esperando algunos desconocidos muy serios, unos sectarios modesta y pulcramente vestidos que daban la impresión de tener un carácter decidido. Eran sobre todo hombres con aspecto de artesanos.

En la sala, no tardó mucho en comenzar algo que parecía una prédica.

Lev Nikoláievich se había situado en el centro; a su alrededor, la gente se había sentado sobre distintas cosas, o estaba de pie, sin ningún orden ni concierto: damas, intelectuales, estudiantes, adolescentes, liceístas, más allá de los cuales se veían aquellos ojos sencillos y serios debajo de unas cejas enarcadas. La atención misma.

La sala se llenó. Había quien, recargado contra la pared o en alguna esquina, tenía más visibilidad, como en un anfiteatro. Había gente sentada y de pie no sólo en el suelo, sino también en los alféizares de las ventanas, sobre soportes, bancas, sillas, incluso en las cómodas y los armarios estaban arracimadas las personas. Las puertas que conducían a las otras habitaciones también estaban a reventar de oyentes de ambos sexos. Se trataba de personas

sencillas, serias, cuyas miradas estaba llenas de fe. Cariñosa pero inculcadora sonaba con frecuencia la voz del predicador que se quebraba a causa de las lágrimas. Y así, hasta tarde, cuando comenzaron a encenderse las bombillas, lo escucharon con abnegación. Tuve la impresión de que para Lev Nikoláievich aquellas fueron algunas de las horas más entrañables de su vida.

DE NUEVO EN YÁSNAIA

A finales de septiembre de 1907,²⁹ volví a Yásnaia Poliana. Habían pasado veinte años desde mi primera visita.

Encontré a Lev Nikoláievich muy animado y en buen estado de salud, pero había aparecido en él la impasibilidad del hombre justo.

Todo lo entendía y todo lo perdonaba.

En este momento su atención está sobre todo centrada en el libro Círculo de lectura,³⁰ que está corrigiendo y aumentando para una nueva edición. Daba la impresión de vivir única y exclusivamente para ese libro.

Por la mañana, antes de las nueve, da un paseo a pie; después, hasta la una y media, trabaja sin pausa en el libro, y durante ese tiempo ya nadie se atreve a distraerlo. Nadie entra en su estudio.

La familia almuerza a las doce y media. Sólo él aparece pasada la una. Después del almuerzo se dirige al árbol de los pobres donde ya lo están esperando, a veces desde la mañana, quienes necesitan ayuda: hombres, peregrinos, mendigos, personas que pasaban por ahí y a veces incluso algunas monjas.

Después de haber atendido a esta buena gente, Lev Nikoláievich se monta en su caballo para dar un paseo por los alrededores. Da una vuelta que dura un poco más de dos horas. Vuelve a eso de las cinco y descansa cerca de media hora antes de la cena.

Yo tengo una pasión congénita por los caballos y por la equitación, y me gustaba ver a Lev Nikoláievich montar su caballo y alejarse.

Me molestaba la profanación de algunos jinetes que se subían al caballo como si estuvieran entrando en su isba: por una escalerita

puesta al lado e incluso más atrás, o utilizando un banquito, o desde un recantón, poniendo en peligro su vida, con una ausencia absoluta de modales. Menos mal que se trata de rocines de pueblo, ¿¡acaso puede hacerse una cosa así con un caballo en forma!?

Lev Nikoláievich, en cuanto que cabalgador experimentado, se acerca al caballo por delante y, tomando las riendas con la mano izquierda, sujeta la cabeza; tras nivelar las riendas por encima de la crin a la altura de la cruz, y en tomando junto con las riendas un mechón de la crin, con la mano derecha toma el estribo izquierdo. A pesar de la altura bastante elevada del caballo, sin banquito ni escalera, sin la ayuda del mozo de cuadra al otro lado de la silla, él, a sus setenta y nueve años, levanta la pierna izquierda, encaja el pie en el estribo, toma con la mano derecha la parte de atrás de la silla inglesa y, elevándose, pasa rápidamente la pierna hasta el otro lado la silla. Con la punta del pie derecho empuja hábilmente el estribo hacia delante, hunde a toda velocidad la punta de la bota y... ¡listo!, la elegante y hermosa figura de un jinete francés.

En 1873, Kramskói, que en ese entonces estaba trabajando en un retrato de Tolstói, me escribió que con su ropa de cazador, y montado en su caballo, Lev Tolstói era la figura masculina más hermosa que había visto en su vida.

En los días que estuve de visita, un par de ocasiones acompañé a Lev Nikoláievich en sus paseos a caballo. En el primer paseo subió por el jardín de los manzanos, giró a la derecha, salió del jardín al camino y dio un brusco giro hacia el bosque, en donde ya no había ningún sendero. Por entre las ramas de los altos árboles, por entre la hierba tupida, comenzó a bajar al oscuro barranco invadido de hierbajos muy crecidos. Me costaba trabajo llevar el paso, las ramas me impedían ver, el caballo se hundía en la tierra húmeda oculta bajo la yerba del barranco; constantemente había que apartar las ramas de los ojos y echar el cuerpo para atrás en razón de la pendiente tan pronunciada. Y de pronto todas estas incomodidades me dieron tanta felicidad, que me sentí joven y valiente. Delante de mí, mi héroe, como el Dios de Rafael en su Visión de Ezequiel, con la barba dividida en dos, una gracia muy especial y la destreza de un militar o un circasiano, maniobraba entre las ramas, ya agachándose hasta la silla, ya apartándolas con la mano.

Salimos al camino. Todo estaba espesamente cubierto por las hojas amarillentas de los arces y los robles. Al contacto con las pezuñas, crujía.

—¿Se anima usted a un buen trote? ¿O se animaría quizá a galopar?
—indagó con suavidad y dulzura.

—Sí—respondí entusiasmado—. Lo que usted prefiera, no me quedará atrás, ¡vamos!

Mi rey de los bosques se lanzó sin más dilación a un trote inglés. Por la luz transparente, al sol, su barba centelleaba de un modo particularmente impresionante a ambos lados de la cabeza. El rey cabalgaba cada vez más rápido, y yo tras él. Enfrente de nosotros, lo vi, un joven abedul se había inclinado formando un arco a través del camino, como si fuera una barrera. «Pero ¿cómo? ¿Acaso no lo ve? Debo detenerlo...». Sentí que la sangre se me helaba... El travesaño aquel estaba a la altura de su pecho. El caballo volaba... Pero Lev Nikoláievich en un abrir y cerrar de ojos dobló el torso hasta la silla y pasó a toda velocidad por debajo del arco. ¡Ni lo rozó! Y yo tras él: llegué incluso a sentir las palmadas del abedul en la espalda.

«¡Qué hombre más osado e imprudente! ¡Esto no es razonable!», pensé.

Pero muy pronto también yo me acostumbré a estas barreras. Había más de veinte en nuestro recorrido por el bosque.

Pasamos por el bosque estatal en el que había algunas fosas abandonadas cubiertas o semicubiertas de maleza, a través de las cuales antaño se había extraído hierro.

Después Lev Nikoláievich me enseñó dos simas en el robledal. Cuando él todavía era joven, estos lugares se habían hundido a tanta profundidad, que de los robles más altos sólo se veían las copas, hasta que finalmente el agua también las cubrió. Ahora, allí, se han formado algunas isletas y en ellas crecen nuevamente unos robles bastante altos. Nosotros bajamos hacia el río. La naturaleza es sorprendentemente rica: arces colosales de hojas que ya amarilleaban, inmensos robles ahora encendidos, y un valle entero

que se extendía por la pendiente hasta donde la vista alcanzaba. En aquel seco otoño, el oro de la hojarasca aunado al gris-plata de las ramas pequeñas, sobre todo de los álamos, resplandecía al sol aquí y allá obrando un verdadero milagro. ¡Qué artístico y qué nuevo como tema! Como si todo fuese de un metal fraguado delicadamente con un fondo de esmalte azul: el del condensado azul del cielo otoñal.

—¿No le causa admiración la naturaleza?—me reprendió con dulzura Lev Nikoláievich—. ¡Mire lo hermoso que es este lugar!

—Ante una naturaleza como ésta, uno prefiere guardar silencio—respondí—. Pero en el parque que rodea su casa, y sobre todo desde su balcón, es todavía más bello.

¡No me imaginaba siquiera que en Rusia, en la época en que vivimos, uno pudiera encontrar una abundancia tal en la naturaleza! ¡Unos robles tan colosales como aquéllos! ¡La víspera, entre los dos, no pudimos rodear uno de los robles que hay en la parte de atrás del parque! Y no es un caso aislado. ¡Por todo el bosque es lo mismo!

De pronto, en la pendiente, Lev Nikoláievich se dejó ir al trote hacia el riachuelo. En llegando, su caballo se encabritó y saltó por encima del agua hasta alcanzar la otra orilla. Me sorprendió mucho; seguí bajando, pero poco a poco, y con la intención de encontrar algún vado para cruzar el riachuelo.

—¿Qué pasa? ¿No se anima?—se giró hacia mí Lev Nikoláievich—. Es mejor si lo cruza de una sola. Nuestros caballos están acostumbrados. Si se mete al riachuelo se va a empantanar, hay mucho cieno, podría ser incluso peligroso... No pasa nada, no se preocupe, acarícielo; échese un poco para atrás y espoleelo. Yo sé que dará un buen salto.

Nunca antes me había tocado saltar a través de un riachuelo así, y me sentí ligeramente avergonzado. Pensé: «Bueno, ¡que sea lo que Dios quiera!». Y una vez más, como hipnotizado, intenté hacer lo que me decían. Me preparé, pues, para el salto y... ¡No me enteré siquiera del momento! Fue como si me hubiera mecido ampliamente en un columpio. Resultó incluso agradable. ¡Lástima

que se acabó enseguida!

—¡Ya ve!—dijo con una sonrisa complacida Lev Nikoláievich—. No monta usted mal y su postura en la silla es bastante firme.

Sonrió.

—Mejor, bastante mejor de lo que juega usted al ajedrez. En cambio Chertkov aquí se cayó. Pero no tuvo él la culpa: al caballo se le hundió una pata. ¡Es un estupendo jinete-oficial de caballería! Pero el caballo se desplomó y cayó sobre una de sus piernas. De inmediato acudí a liberarlo, pero pasó varios días en cama con la pierna muy maltrecha.

Chertkov es una persona muy alta y bastante corpulenta.

En el segundo paseo recorrimos, a decir de Lev Nikoláievich, unas diecisiete verstas. Cabalgamos por el bosque, siguiendo unos senderos apenas esbozados; no había camino. Finalmente Lev Nikoláievich anunció que se había perdido...

—Pero no importa, es hora de volver a casa. Así que soltaré las riendas, y el caballo nos llevará de regreso, ya verá.

Y a un paso más bien rápido, nos movíamos a voluntad de los caballos, para no hacerlos perder el camino. Como durante el resto del paseo, el caballo de Lev Nikoláievich iba adelante. Anduvimos unas cuatro verstas y de pronto el caballo giró, entre los matorrales, a la izquierda.

—¿Por qué hará esto?—detuvo Lev Nikoláievich a su caballo—. Yo creo que aquí hay que seguir de frente, ¿por qué gira a la izquierda? No, no... Creo que hay que seguir recto.

Continuamos recto. Anduvimos cerca de media versta. Lev Nikoláievich de pronto dudó.

—No... No sé por qué lo detuve. Yo hice que se equivocara, ¡atrás!, ¡hay que volver atrás!... ¿Ve? No debí desorientarlo.

Recorrimos media versta hasta el lugar en el que habíamos estado. El caballo giró de nuevo a la derecha en el mismo sitio.

—Por supuesto que el caballo tenía y tiene razón. ¿Cómo pude no reconocer este sitio? ¡Éste es el camino! ¡Es correcto! ¿Lo ve? Estas cosas ellos las saben mejor que nosotros.

Muy pronto apareció un extenso campo de centeno otoñal de un bellissimo color esmeralda oscuro. Lev Nikoláievich giró para pasar por los sembradíos. A lo lejos vislumbramos ya la hacienda de Yásnaia Poliana.

—¿Por qué vamos pisoteando el pan?—pregunté con prudencia—. ¡Esto es centeno!

—Ahora ya no le pasa nada. De vez en cuando lo hacemos; alguna vez, yendo de cacería, también atravesé por aquí: no le perjudica; hasta el ganado, en días muy fríos, pasta el centeno otoñal.

Regresábamos por las colinas altas de los campos, unas veces bajábamos, otras subíamos. Y a mí no dejaba de sorprenderme la destreza del jinete a sus setenta y nueve años. En lugares muy empinados, en los que yo apenas lograba salir airoso, él bajaba sin el menor titubeo, como si aquello no fuera nada.

—En estas subidas tan empinadas hay que agarrarse de la crin, y con las rodillas apretar bien la silla contra el caballo—me comentó Lev Nikoláievich—, porque a veces ocurre que el caballo se estira demasiado, las cinchas se aflojan, y la silla puede resbalarse. Entonces, si el jinete sólo está agarrado a las riendas, puede caer y el caballo irse para atrás.

La hacienda ya estaba cerca, al otro lado del camino. El sol, con una sorprendente precisión, dibujaba con sus frescos rayos rosados la figura de Lev Nikoláievich sobre su caballo bayo. Una vez que hubimos bajado, cuando ya estábamos en el camino, Lev Nikoláievich de pronto comenzó a galopar. Me pareció que eso iba en contra de todas las reglas: ya estábamos cerca de casa, y los caballos estaban bastante acalorados. Pero ¡oh, sorpresa!, había una subida antes de llegar a la hacienda.

Para ese momento, mi Kazak—ése era el nombre de mi caballo—se disparó a tal punto que ya era imposible refrenarlo. Galopamos espléndidamente. ¡Cuánto heroísmo y cuánto brío en el carácter de

los caballos! ¡Mi Kazak se excitó tanto por la carrera que aquello acabó en una anarquía total. Rechazó la respetuosa condición de acompañante que había mantenido durante las últimas horas, y dejó atrás al caballo de mi mentor. Era imposible contenerlo con el freno. Ardía con una llama agitada debajo de mí y parecía que fuera de hierro fundido; yo sentía cómo temblaban sus músculos bajo la silla. ¡Qué buen paseo!

En el porche, Lev Nikoláievich se apeó de su corcel con verdadera gallardía. En cuanto a mí, me sentía diez años más joven gracias al paseo a caballo.

Tokutomi Roka es el pseudónimo literario de Kenjirō Tokutomi (1868-1927), un escritor y filósofo cristiano japonés de los períodos Meiji (1868-1912) y Taisho (1912-1926).

Este texto sobre su visita a Yásnaia Poliana es un capítulo de su libro Notas de un peregrino, publicado en Japón en 1906, en donde cuenta el viaje que hizo al Cercano Oriente y a Rusia en abril de 1906.

Tokutomi Roka era un admirador declarado de la escritura y las enseñanzas de Tolstói, tanto que decidió viajar a Yásnaia Poliana para conocerlo.

CINCO DÍAS EN YÁSNAIA POLIANA*

TOKUTOMI ROKA

¡Una tranquila mañana veraniega en Rusia!

El sol está alto, pero no brilla fuerte, sino que alumbra con un resplandor adormilado; el bosque, a lo lejos, parece envuelto en un humo ligero. El campo todo parece un mar de blanco rocío. Desde algún lado llega el canto de los gallos. No hay nadie a la vista. Voy en un estado de semisomnolencia, mecido por el movimiento de la telega. A lo lejos, más allá del campo de centeno, hay una iglesia pintada de color azul celeste. A una hora de camino de la estación, una aldea pequeña. Es Yásnaia Poliana. A ambos lados se extienden casitas bajas, cubiertas de paja y tejas de madera. En la calle, ancha, crece la hierba. Oímos ladrar a los perros. Los niñitos de la aldea, descalzos, se han detenido y nos miran. La telega desciende de la colina en la que está la aldea, y de pronto nos encontramos frente a las puertas de la entrada. Hay ahí una caseta de vigilancia con un alto techo verde. En la caseta de vigilancia no había nadie, las puertas, al parecer, están siempre abiertas. A la izquierda, un estanque de unos cuatro tyos. El camino sube unos cien metros, escoltado por verdes abedules que crecen muy pegados unos a otros, cedros y tilos. En medio de este verdor se vislumbra una casa de dos pisos con paredes blancas y techo verde; al norte de la casa hay un bosquecillo; los árboles crecen también en otros lugares alrededor de la casa cuya fachada está orientada al este.

Durante un tiempo nuestra telega avanzó bajo las ramas de los manzanos, inclinadas por el peso de la fruta madura, luego se detuvo junto a la entrada principal de la casa. Le pagué al cochero y la telega se fue. Me quedé mucho tiempo solo ese lugar. Alrededor no había ni un alma, en la casa reinaba el silencio. Vi el reloj: las seis y algo...

De pronto tuve la impresión de que alguien se acercaba. Venciendo con dificultad la pesantez de mis párpados vi que a mi lado estaba un anciano. Pensé: «Ha de ser el jardinero que vino a ocuparse del jardín», pero no había terminado de pensarlo cuando vi su cara, una cara que era imposible no reconocer. No tuve tiempo siquiera de

reaccionar cuando el anciano ya decía:

—¿Señor Tokutomi?—Y sonriendo con su boca desdentada, con la amable sonrisa de los niños, me tendió la mano.

—Ah, ¿usted es Tolstói?—exclamé yo apresurándome a tomar su mano.

Era una mano grande y cálida.

—Seguramente no recibió usted mi respuesta—dijo.

—¿Su respuesta? No, vine sin haber recibido su respuesta. ¿Y usted? ¿Recibió la carta que le envié desde Port Said?—le pregunté.

—La recibí y la leí. Pensé mucho antes de escribirle una respuesta. ¡Discúlpeme!

En ese momento Tolstói me dio unos golpecitos en la mano y dijo:

—¡Me costaba creer lo que decía su carta porque es demasiado halagüeño para mí. Por eso estuve meditando mucho tiempo la respuesta. Pero ¿me escribió usted la verdad?

—Por supuesto, sólo la verdad. Y por eso, disculpe mi sinceridad, por eso tenía ganas de visitarlo aunque fuese una vez. ¿Cómo está de salud, Maestro?

—No del todo bien. Sé que me separa poco tiempo de la muerte. Todo el mundo teme a la muerte, pero la muerte es una liberación, así que no hay nada que temer...

Yo miraba su rostro: tenía un tono rojizo. Barba y bigotes de un blanco ahumado, ojos apenas húmedos, boca desdentada. Parecía mayor de lo que yo había imaginado. Pero es que ya tenía setenta y ocho años.

Conversando nos alejamos de la banca donde nos habíamos encontrado. Lev Nikoláievich iba delante, y yo lo seguía. Bajamos por una veredita hasta otro estanque, más pequeño, y caminamos a lo largo de la orilla.

Tolstói llevaba puesta una camisa de franela blanca agrisada, ceñida con un cinturón negro de piel, y un ancho sombrero blanco. Y todo él, con el bastón en la mano, era tal como lo había visto en fotografías, tal como lo imaginaba.

Lev Nikoláievich me preguntó sobre mi hermano mayor, que lo había visitado hacía diez años,³¹ y después me preguntó por Fukai.³² Luego, hablamos de él, de Tolstói. Me comentó:

—No me importa que me quede poco tiempo de vida, voy a trabajar hasta el último momento. Ahora estoy escribiendo una obra sobre la relación entre el Gobierno y el pueblo. Ya tengo terminada la mitad del manuscrito.³³

Me preguntó sobre la situación política actual en Japón, sobre la relación entre la agricultura, la industria y el comercio.

—La fuerza de un país está en los trabajadores, que cultivan la tierra sin hacer uso del trabajo ajeno—así me expuso sus puntos de vista—. Y dígame, ¿en Japón los hijos de los campesinos también venden sus tierras y se van a estudiar a la ciudad?—me preguntó.

Cuando yo asentí con un movimiento de cabeza, se giró hacia mí y me dijo:

—¿No le gustaría llevar la vida de un trabajador rural?

—A mí me gusta mucho el trabajo del campesino, y aunque ahora no tengo ni un trozo de tierra, tengo la intención de llevar una vida semicampesina.

Dimos la espalda al estanque y regresamos a casa siguiendo la vereda, apenas visible por lo tupido de la hierba. La hierba estaba cuajada de florecitas blancas, amarillas, rojas gracias a las marimónas, las anémonas del bosque, los claveles salvajes...

Allí cerca, un anciano acababa de afilar su hoz. Lev Nikoláievich intercambió con él dos o tres palabras, dejó caer su bastón, cogió la hoz del abuelo y se puso a segar la hierba. Yo también la cogí e hice dos o tres torpes intentos de cortar la hierba.

Un poco más adelante, debajo del árbol, en el banco, dos niños de

unos seis y ocho años estaban jugando vigilados por la nana. Eran los nietos de Tolstói. Él le dio un beso a cada uno.

—Mis respetos—dije yo en ruso y estreché sus manitas.

—¡Mis respetos! ¡Eso sí que está bien! ¡Muy muy bien!—dijo Tolstói con una sonrisa.

Sin darnos cuenta llegamos a una explanada cerca de la casa. Allí la tierra estaba espolvoreada con arena blanca. Había dos o tres parterres y, en ellos, bellas flores brillaban al sol con vivos colores. Bajo la rama de un arce, a la sombra, había una mesa larga cubierta con un mantel blanco. Sobre la mesa repicaba un samovar de plata, ya estaban los platos puestos, la crema, el pan, y también la correspondencia que acababa de llegar. Lev Nikoláievich me presentó con un señor de unos cincuenta años, de cabeza calva. Advertí que él también llevaba la camisa ceñida con un cinturón negro de piel. Era Makovický, el doctor, originario de la frontera con Austria.³⁴ Durante la guerra trabajó en un puesto médico de campaña, y después, durante mucho tiempo vivió con la familia Tolstói.

Después de revisar su correspondencia, Lev Tolstói me tendió un librito encuadernado en color amarillo.

—¡Es una lástima que no sepa usted leer en ruso! Es un libro muy interesante, escrito por el campesino Bóndarev, se titula El trabajo.³⁵

—¿Y no está prohibido en Rusia?

—Estuvo prohibido, pero ahora ya lo han autorizado—dijo Tolstói.

Después, tras señalarme una casita que estaba entre los abedules, añadió:

—Quédese en esta casa y no se preocupe usted por nada—me estrechó la mano y se retiró a su estudio, para trabajar hasta la hora de la comida...

UN BAÑO EN EL RÍO VORONKA

Después del almuerzo me fui a la casa donde me habían alojado. De pronto, inesperadamente, abriendo de par en par la puerta, entró Tolstói.

—Ah, libros... ¿Qué libros trajo?

Le mostré los libros que había puesto sobre la mesa. Estaban la Biblia, Los cuatro libros en edición de bolsillo,³⁶ la poesía de Byron, la antología Barraca en las montañas,³⁷ y una guía de Palestina. Tolstói abrió Los cuatro libros y me preguntó:

—¿Y esto qué es?

—Es Mencio.³⁸

—Mencio... Mencio... A mí me gusta más Mozi.³⁹ ¡Qué lástima que Mencio no haya llegado a comprender el verdadero sentido de la doctrina de Confucio y haya discrepado de Mozi. ¿Le gusta nadar? Quiero ir a darme un baño. No, no al estanque. Aquí cerca hay un río, pero están construyendo un embalse, así que tendremos que ir un poquito más lejos. ¿Vamos?

Lev Nikoláievich estaba de pie con su toalla enrollada alrededor de la cintura. Yo me puse rápidamente mi kimono de verano y fui tras él. Nos encaminamos hacia el huerto de los manzanos frente a la orilla del estanque donde nos habíamos visto por primera vez. Apenas podía seguirlo. Procurando no rasguñarnos con la espinosa valla, nos colamos por una abertura mientras conversábamos de todo lo que se nos ocurría.

En el barranco que está detrás de la aldea de Yásnaia Poliana nos topamos con dos peregrinos que iban calzados con unos zapatos hechos jirones, con báculos en la mano y zurrones a la espalda. Tolstói los detuvo, habló un momento con ellos, luego sacó del enfaldo de su camisa un monedero y dio un poco de dinero a ese par de desconocidos.

Subimos la loma y, siguiendo por el camino, nos adentramos en las profundidades de un verde y tupido bosque. Yo iba detrás de Tolstói.

—Maestro, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Usted reza?

—Sí, cada mañana. Escribí un libro: La razón, la fe, la plegaria.⁴⁰ Sí, rezo cada mañana.

La conversación se desvió a la vida espiritual de Japón.

—Japón, en lo que a espiritualidad se refiere, se encuentra en un período de búsqueda—dije—. Es triste y lamentable que haya guerras, pero la guerra de alguna manera predispone a la gente a ver las cosas con seriedad. Las personas se encuentran entre la vida y la muerte y descubren por fin su verdadera esencia. Por ejemplo, quienes combatieron en la última guerra, empezando por Tōgō,⁴¹ quienes sufrieron las calamidades de la guerra, si no se convirtieron en cristianos de corazón, sí afianzaron su fe, se volvieron más serios.

Tolstói se giró, la mirada resplandeciente.

—No, yo pienso de otra manera. Incluso si personas como Tōgō se convirtieran en creyentes, su fe no sería profunda, para ellos la razón es determinante, pero son incapaces de entender la esencia de las cosas.

Después, se volvió hacia mí y añadió:

—Una de las sentencias de Confucio dice: «Con las palabras es mejor tener cuidado. Una sola palabra puede expresar tu sabiduría o tu estupidez».

Y de ese modo me llamó estúpido. En ese momento me sentí lastimado, pero en el fondo de mi alma hoy sé que tenía razón.

La conversación derivó en la situación actual de Rusia, la Duma.

Tolstói dijo :

—La Duma no sirve para nada. ¿Acaso la cuestión consiste en pasar el poder de unas manos a otras? Lo principal está en no reconocer ningún poder.

Yo observé:

—La raíz de todas las desgracias es el amor al dinero.

Tolstói respondió:

—Amar el dinero es amar el poder.

La conversación volvió a cambiar de tema y recayó en el servicio militar y la paz. Yo dije:

—El camino que conduce a la paz no es la Conferencia de la Haya; el único camino correcto es el que señala la secta de los dujobory.⁴² Si todos tomaran ese camino, no digo que dejara de haber víctimas, las habría, pero servirían a un buen fin.

—Sí, así es. No obstante siempre estará mal que alguien tome abiertamente un arma. El amor en cada ser humano ha de ser tan grande que impida empuñar un arma. Piense, ¿quién puede acatar la orden de cortarle la cabeza a un recién nacido? El amor por el niño impedirá que esa acción se ejecute. Y, en todo esto, ¿qué tienen que ver las víctimas?

Con estas palabras Tolstói me ayudó a librarme del viejo error en el que me encontraba. En realidad, calcular con antelación el provecho o el perjuicio de los actos que uno comete, presagiar los resultados, calcular la eficacia de los sacrificios es asunto de las personas que se consideran sabias; la gente sencilla, la que busca la verdad, lucha por ella, porque al llevarla en el alma, no puede actuar de otra manera.

En ese momento apareció en el camino una anciana descalza. A veces iba delante, a veces detrás de Tolstói, conversando con él. De pronto de sus ojos rodaron unas lágrimas muy grandes. Tolstói la tranquilizó y se despidieron.

—¿Quién es?—pregunté.

—¿Ha leído usted algo sobre la escuela de Yásnaia Poliana? El marido de esta mujer, un buen amigo mío, era maestro en la escuela. Murió hace poco, estuvimos hablando de él y los recuerdos la hicieron llorar.⁴³

Al cabo de poco se terminó el bosque y salimos a la carretera. Cerca

de ahí nos estaba esperando un coche, en cuyo pescante iba sentada una mujer. Era Alexandra,⁴⁴ que había venido a recoger a su padre. Sin dejar de conversar, nos subimos en el coche. Alexandra ocupó el lugar del cochero y, agitando el látigo, manejó con destreza al caballo. Tolstói, sonriendo, comentó:

—Rusia y Japón se suben al mismo coche, y una mujer maneja al caballo. «¡Qué poco usual!», pensarán quienes lo vean.

Un poco más allá el coche salió al río. Una de sus orillas estaba cubierta de bosque, y la otra despejada. Nos detuvimos... Nos apeamos del coche y bajamos por la pendiente abundante de florecitas blancas, rojas, amarillas y azules. Cuando llegamos a la orilla, nos saludaron dos niños, y luego todos juntos fuimos al río. El río no tiene una anchura mayor que seis o siete ken y fluía tranquilo por entre ambas orillas; el agua se veía un poco turbia. En la orilla había una cabina de baño; varias mujeres estaban sentadas al lado. Había que encontrar otro sitio, y volvimos a subir al coche. Al poco tiempo llegamos a un lugar sin gente y nos bajamos. Lo primero que hizo Tolstói fue tantear el fondo con su bastón, después nos quitamos la ropa. Lev Nikoláievich tiene una piel absolutamente tersa, la mía es afelpada, está cubierta de vello. Nos lanzamos al agua. Donde los árboles daban sombra, el agua estaba fresquita; me zambullí y luego me puse de pie sobre el fondo, que resultó pedregoso. Aunque hacía mucho tiempo que no nadaba, nadé de crol. Lev Nikoláievich vio cómo estaba yo nadando y con gran soltura se puso a nadar de la misma manera. Cuando ya era hora de salir del agua, dijo bromeando:

—Los japoneses y los rusos incluso nadan igual, en cambio los europeos no nadan de crol, nadan así.

Y se puso a nadar de rana.

Yo había oído que el río Voronka desemboca en el río Upá que, a su vez, desemboca en el Oká que es un afluente del Volga. El Voronka aparece en la novela Anna Karénina. Supongo que el nombre debe estar tomado de aquí...

De nuevo nos subimos al coche, salimos a la carretera Moscú-Tula y dimos la vuelta para volver a casa. A un lado de la carretera, entre

los árboles, había bellas dachas, seguramente de moscovitas ricos. Estaban arreglando el camino; había varios hombres de edad sentados en la cuneta partiendo adoquines. Al verlos, Tolstói dijo:

—El socialismo es necesario para gente como ellos...

LA SIEGA DEL HENO

Después de la comida todas las mujeres, con excepción de la dueña de casa, la esposa de Lev y Yulia, fueron a la siega del heno. Hasta la mujer del cocinero que hacía poco tiempo se había recuperado de una enfermedad, fue a ayudar. También a mí me invitaron. Maria y Alexandra, que iban con nosotros, una con una pañoleta roja y la otra con una azul, parecían muchachas campesinas.

Cuando salimos, vi a dos niñas campesinas al lado de la casa. Traían frambuesas silvestres que habían recogido en el bosque. La dueña de casa les compró las bayas.

Maria se giró hacia mí y me dijo:

—¿Acaso no le sorprende que ellas sean tan pobres y nosotros tan ricos?

Atravesamos el jardín de los manzanos y entramos en el bosque; entre la hierba había amapolas florecidas, llantén, y otros tres o cuatro tipos de flores. Tanto el jardín de los manzanos como este bosque y también el campo, todo forma parte de la hacienda de Tolstói. El bosque, los huertos, los pastizales, los prados ocupan más de seiscientos tyos, sólo el jardín de los manzanos ocupaba unos sesenta tyos.

El calvero en el linde del bosque estaba cubierto de hierba segada, en el centro crecían algunos abedules blancos. Las dos hijas de Tolstói, la esposa del cocinero con su hijo y la amiga de la escuela de Alexandra se pusieron a remover la hierba segada, unos con las manos, otros con los mangos de las hoces. El príncipe Obolenski, que había venido con todos, se sentó a la sombra de los abedules, ciñéndose las rodillas con los brazos. Lev Lvóvich pasó frente a nosotros a caballo y dijo con una sonrisa:

—Muy bien, muy bien.

Todo esto me recordaba la escena de la siega en la novela Anna Karénina. Yo también, por curiosidad, riéndome de mí mismo, me puse a trabajar, intentando no quedarme atrás. Mientras yo, cubierto de sudor, removía celosamente el heno, una nube tapó el sol y a lo lejos se oyó un trueno.

—¡Eh, va a caer un aguacero, rápido, rápido, a rastrillar el heno!

Nos pusimos a rastrillar la hierba ya seca para hacer dos gavillas; la hoz me estorbaba, me golpeaba la espalda. No había tiempo de enjugarse el sudor, que corría a chorros. Por fin pude incorporarme, con dificultad logré recobrar el aliento; un vientecito frío llegaba como una corriente de agua fresca. El bosque se oscureció, los abedules, inquietos, crujían. Sobre las cimas de los árboles corría hacia el oriente un nubarrón violeta, resonó un trueno. Una primera gota me cayó en la cara, luego una segunda...

Maria, de salud delicada, fue quien primero resintió el cansancio y abandonó el trabajo. Tras ella se fueron yendo todos los demás, salvo la cocinera con su hijo, y Alexandra. Al final yo ya estaba más que exhausto, pero seguí trabajando: juntando la hierba y amontonándola en gavillas. Mientras rastrillábamos el heno, el nubarrón se alejó, siguiendo su camino hacia el oriente, y no hubo lluvia. A mí me dio mucho gusto cuando la esposa del cocinero me dio sinceramente las gracias por mi ayuda.

Llegamos a ese lindero cubierto de hierba que se asomaba en medio del campo de centeno. Había centaureas, campánulas, tréboles y cardos florecidos. En la colina que está al frente, maduraba el centeno, y a lo lejos, en otra colina, alzándose como la cresta de una ola, crecía un bosque tupido y verde. La lluvia pasó de largo y el sol brillaba resplandeciente; un espacio inabarcable se abría alrededor. Por aquí y por allá se veían casas. Yo respiraba hondo, con todo el pecho.

El jardín de los manzanos, del que cuidaba un viejo campesino, no estaba vallado, sólo en algunas partes había un alambre tendido de un lado al otro. Junto a la hacienda crecía un bosque sembrado en hileras cruzadas, pero la casa estaba en el que colindaba con el

campo. Todo aquel que quisiera pasear por el bosque, podía hacerlo libremente, incluso los cazadores. Me fue grato saber que en verano no hay serpientes entre la alta hierba.

Cuando iba llegando a la casa, vi a dos mendigos que estaban esperando en la puerta. Justo en ese momento salió Tolstói, habló un poco con ellos y, como la vez anterior, sacó el monedero y les dio unas monedas.

UNA TARDE EN EL BALCÓN

Ayer por la tarde Tolstói me mostró un tanka⁴⁵ compuesto por su majestad el emperador Meiji,⁴⁶ y publicado en una revista en traducción al inglés. Le sorprendía que hubiese una discrepancia tan grande entre las palabras del emperador y sus actos.

La conversación versó entonces en torno a la poesía. Yo le conté que en Japón, además de ese tipo de canciones, hay los llamados haiku, en los que en diecisiete sílabas ha de expresarse tanto una idea profunda como un sentido exacto.

—Qué interesante, dígame alguno.

—Le voy a decir algunos que expresan un pensamiento profundo.

Me aparté ligeramente y, para sorpresa de Tolstói, comencé a recitarle de memoria muchos tankas y haikus. Cada una de estas poesías tenía su argumento, pero por alguna extraña razón en ese momento no fui capaz de acordarme de ninguna que expresara una idea profunda y sublime.

De vuelta en mi casa lamenté haber intentado en vano sorprender a Tolstói con la profundidad del pensamiento de nuestra poesía en vez de preguntarle a él qué pensaba y escucharlo con respeto.

Hoy, cuando entró Ilyá que acababa de llegar de la siega, le pregunté si sería posible que Lev Nikoláievich hablara conmigo nuevamente. Ilyá me condujo hasta el segundo piso. Atravesamos la sala en la que había muchos cuadros colgados en las paredes, luego el gabinete de Tolstói y salimos al balcón. El balcón está junto a la habitación de Lev Nikoláievich y la de su esposa. Es un balcón

abierto y da al oriente. En la barandilla del balcón, de uno o dos
suenos de ancho, había tres macetas de barro. En ese momento Lev
Nikoláievich estaba regando las plantas. En una de las macetas, de
una semilla de mandarina había brotado un tallo muy fino con dos
hojitas; en otra, la semilla apenas se había reventado y lo que se
veía era el tallito, todavía encorvado; y en la tercera había una
semilla blanca, que estaba apenas un poco hinchada. Tolstói me las
señaló con el dedo y dijo con una sonrisa:

—Me gusta ver esto. La vida, la vida... Veo el desarrollo de la vida.

A petición mía trajeron un libro del estudio de Tolstói. Yo estaba de
pie, apoyándome en una silla. La puerta que da a su gabinete estaba
cubierta por una delgada malla metálica: a Tolstói no le gustan las
moscas. «Los hábitos del hermano mayor de Levin en Anna
Karénina son en realidad los hábitos del propio Tolstói», pensé.

Tolstói abrió el libro alemán en el que había algunos pasajes
subrayados en azul. Eran versos de un poeta alemán de la primera
mitad del siglo XVII, el monje Angelus Silesius (cuyo nombre
verdadero es Ernest Wilhelm Bursche).⁴⁷

—Es muy interesante, ¡escuche!

Y se puso a leer algunos dísticos, traduciéndolos del alemán al
inglés. Varias veces llamó a la condesa que estaba cosiendo en el
balcón a la luz del atardecer. Ella acudió cada vez, trayendo consigo
su costura. Sofia Andréieva escuchaba los versos en inglés, sin por
eso dejar de coser. Dijo que entendía mejor el alemán que el francés
y el inglés.

La conversación versó después sobre los filósofos antiguos y
contemporáneos. Su hijo Lev, que entró mientras conversábamos,
dijo que a él le gustaba Emerson.

De pronto llegaron dos señores. Uno de unos cincuenta años, el otro
tendría unos treinta. Eran conocidos de Tolstói, con los que jugaba
al ajedrez.⁴⁸ Rápidamente trajeron el tablero y Tolstói se puso a
jugar con verdadera afición. Yo me aparté del lugar y en voz baja
entablé conversación con la condesa.

—Los prisioneros de guerra rusos—dijo ella—, todos y cada uno, concuerdan en que los japoneses los trataron bien. Los heridos están muy agradecidos por la bondad y la atención de las enfermeras y de los médicos japoneses. Los prisioneros de guerra dicen: «Los japoneses son buenos...». El sentir de la gente es por todos lados el mismo. —Y a modo de aclaración añadió—: Cuando los prisioneros de guerra japoneses estuvieron en Rusia, lloraban al ver a los niños rusos porque se acordaban de los suyos. Las mujeres campesinas, al verlos, también se ponían a llorar. Y nuestros prisioneros de guerra rusos en Japón también lloraban cuando veían a los niños...

La conversación derivó en la situación actual de Rusia.

—Los puntos de vista de mi marido ya no están de moda. Por todos lados se oye: ¡revolución, revolución! El espíritu de rebelión ha penetrado incluso aquí, en la aldea de Yásnaia Poliana. Y tengo miedo de que puedan atacar nuestra casa—dijo, y en sus palabras no había deje de broma.

Luego ella cambió el tema de la conversación.

—Mi marido ya está viejo, así que toda la casa la tengo encima yo. Y mi corazón ya no está fuerte. No tengo ni un minuto de tiempo libre. —De pronto se levantó—. Esto lo estoy secando para el invierno, para mi marido. —Se puso a triar las frambuesas para que no fueran a humedecerse con el rocío nocturno. Después se sentó y continuó cosiendo con una luz muy débil y sin lentes, acercando la labor a los ojos.

Los huéspedes, sin falsas vergüenzas, le preguntaron a la condesa:

—¿Es verdad que su boda sucedió exactamente como la de Kitty en Anna Karénina?

—Sí, usted probablemente sepa que entonces yo tenía diecisiete años y mi marido treinta y cuatro. Lev Nikoláievich se había hecho amigo de mi madre y solía ir de visita a nuestra casa. Un día me escribió sólo las letras iniciales de las palabras, tal y como lo cuenta en la novela: «Es usted joven, y yo ya no lo soy. Temo no hacerla feliz. ¿Aceptaría ser mi esposa?». Yo lo entendí todo y de inmediato acepté. Lev Nikoláievich estaba feliz. Lo quería yo mucho. Y qué

bueno que acepté...

Todos se rieron.

EL DEMONIO EN EL ALMA

Después de la comida Tolstói entró muy irritado, sosteniendo un látigo en la mano.

—Hoy no podré trabajar como esperaba, así que iré a caballo al río, quiero darme un baño. Pregunte en la casa por el camino y lo espero allá a las cuatro de la tarde.

Salí de la casa donde estaba hospedado.

Unos cien pasos al sur, hay otra casa grande de dos pisos, paredes blancas y techo verde. En ella estaba viviendo la familia de Lev hijo. Detrás de la casa hay un campo abierto. Al lado, en las faldas de la colina, está la caballeriza. Algunos hombres, viejos y jóvenes, estaban preparando un caballo para el paseo de Tolstói. Justo enfrente se veía una aldea pequeña y pobre: Yásnaia Poliana.

—¿Conoce usted, de casualidad, la manera de pensar de nuestra familia?—preguntó Tolstói y su cara se ensombreció.

Desde hacía tiempo yo sabía que su deseo era repartir sus tierras entre los campesinos, pero su esposa y sus hijos se oponían. Tolstói no administra la hacienda y vive en ella como un antiguo hospedado que goza de consideración.

—Si soy cristiano, verdadero cristiano, no debería tener propiedades. Hace ya tiempo que no obtengo ganancias por mis obras, pero por los montajes de mis obras de teatro, me llega dinero. Me han dicho que si no lo acepto, lo gastarán en ballet. Y además de eso, de varias partes del mundo me mandan dinero para los pobres.

Así fue como me enteré de la procedencia de las ganancias de Tolstói. Tolstói, entre explicando las cosas y justificándose, continuó:

—Con frecuencia me reprochan que mi vida no concuerde con mis

convicciones. Que me reprochen, es algo que debo soportar en mi calidad de cristiano...

El cielo que cubría la aldea se despejó, y en los espacios abiertos entre los negros nubarrones aparecía el azul. Los bordes de las nubes tenían visos plateados, y los troncos de los abedules, un pálido brillo rosado.

Al ver esto, Tolstói susurró:

—¡Ah, qué belleza!

Tras ensillar un caballo bayo grande y bien alimentado, el palafrenero lo tiró, pero el caballo no cedía. Entonces uno de los mozos de cuadra se montó con agilidad en la silla, dio dos o tres vueltas, se bajó y se lo ofreció a Tolstói. Él puso el pie en el estribo, ágilmente se montó en la silla y se alejó por el sendero verde, agitando el látigo.

Anteayer Tolstói estuvo nadando, hoy montando a caballo. ¡Qué alegría es verlo sano y lleno de brío, aunque él diga que lo separa poco tiempo de la muerte! La rebelión, la incredulidad y la rabia que esas palabras translucían, actuaban como una sombra negra que apesadumbraba su alma. ¿Cómo? ¿Acaso es posible que Tolstói refunfuñe de esa manera y se queje? Aunque... ¿no será una picardía para justificarse? ¿Será que esa vida simple que persigue no es más que el capricho de un aristócrata? Sí, él es Tolstói, pero también es el hijo del hombre, acostumbrado a resignarse a las contradicciones...

Pero de pronto, los sentimientos de incredulidad, rebeldía, rabia llegan como negros nubarrones de tormenta, apesadumbran su alma y salen a la superficie como un torrente incontenible. En un hombre con una personalidad tan fuerte hay, por fuerza, muchas excentricidades.

LOS SUCESOS DE UN DÍA

3 de julio Hace ya cuatro días que estoy viviendo en esta casa. La vida aquí me gusta. Un día de verano en Yásnaia Poliana transcurre como sigue:

A pesar de que en verano en Rusia amanece muy pronto, en casa de Tolstói se duerme hasta las siete. Los primeros en levantarse son los niños que, todas las mañanas, muy temprano, van a la estación de Záseka a recoger el correo. Sobre la mesa, situada a la sombra de un arce, hay un samovar, tazas, un recipiente con crema, pan y platos, cubiertos con una servilleta encima para protegerlos de las moscas.

A desayunar cada uno llega a la hora que quiere y se levanta de la mesa cuando quiere. Tolstói y la condesa pocas veces acuden al desayuno. Por lo general Tolstói, hasta el mediodía, se ocupa de cosas serias.

El almuerzo es a las doce del mediodía. En el jardín, de la rama de un olmo inmenso, hay colgada una campanita. En cuanto ésta suena, de todos lados comienzan a llegar los miembros de la familia. Lev Nikoláievich no siempre acude, pero la dueña de casa no falta. Los hombres se saludan con un apretón de manos, las mujeres con un beso. Durante el almuerzo tampoco hay servicio, todo el mundo se siente libre.

El tiempo que sigue al desayuno es tiempo de recreo: unos montan a caballo, otros van en bicicleta, hay quien prefiere ir a bañarse al río, otros pasean acompañados de los perros.

Tolstói, por las noches, sufre de insomnio senil. Suele despertarse cinco o seis veces. Por eso, después del almuerzo, acostumbra dormir una hora. El viejo príncipe Bolkonski decía que el sueño antes de comer es oro.

La campana que anuncia la comida suena a las cinco o a las seis. Toda la familia se reúne a comer. Los sirvientes que atienden la mesa van vestidos de frac. Por lo general, se sirven algunos entremeses. Tanto Lev Nikoláievich como los demás hombres van vestidos muy sencillamente, las mujeres tampoco se cambian de ropa para ir a comer.

Después de la comida algunos van a dar un paseo, otros juegan tenis.

En cuanto se encienden las luces, la campana llama al té de la tarde. Lo usual es que la familia se reúna en la terraza. Se sirve té, pastas,

cerezas, frambuesas. Las mujeres traen consigo sus labores, los hombres algún libro. Todos conversan muy a gusto. Hay veces que la conversación de la hora del té se alarga hasta las nueve de la noche, y en ocasiones incluso más. Así pasan el tiempo tanto cuando hay huéspedes, como cuando no los hay. A quienes llegan, los atienden y no retienen a quienes quieren marcharse: la vida transcurre como una corriente de agua o un soplo de viento. En todo se siente soltura, cordialidad y franqueza. Las relaciones con los huéspedes, el servicio, los habitantes de la aldea, y de unos con otros es franca, carente de hipocresías e imposiciones, amable y cordial.

—Como ve, vivimos sencillamente—me dijo la condesa.

—Es una vida envidiable—le respondí.

—No obstante, hay un «pero»—comentó Maria.

—No hay «pero»—exclamé yo—, envidio esta vida sencilla y natural.

El anciano trabaja mucho. También hoy llevaba un reloj de plata con una cadena corta de metal y una libretita de apuntes con un lápiz dentro. Estas dos cosas, además de su monedero, siempre las lleva consigo.

—¿Ha leído la carta de Effendi?—me preguntó.

—Sí. Es para estar contento que por todos lados está despertando la gente ...

—Da alegría, da mucha alegría—asintió con una expresión de júbilo en el rostro.

Saludé a la condesa que había estado esperándonos y seguí a Tolstói que se dirigía hacia el bosquecillo sembrado de jóvenes robles y abedules. Los reflejos del sol se turnaban con la sombra y el vivo follaje de julio lanzaba destellos verdes sobre la ropa.

—Me encanta pasear por este bosque—dijo Tolstói en voz alta y clara.

Al cabo de un rato la conversación recayó en los escritores rusos.

—¿A cuál de los novelistas rusos contemporáneos aprecia usted más?—le pregunté.

—A Dostoievski. ¿Ha leído a Dostoievski?

—Sí, leí la novela Crimen y castigo.

Tolstói hizo un movimiento de aprobación con la cabeza y añadió:

—Es un libro espléndido.

—¿Y qué le parece Turguéniev?—le pregunté.

—Turguéniev escribe bien, pero le falta profundidad.

—¿Y Goncharov?

—Lo mismo.

—¿Y qué opina de Gorki, Merezhkovski y Chéjov?

—Gorki tiene talento, pero le falta instrucción; Merezhkovski tiene conocimientos, pero no tiene talento. Chéjov. Chéjov sí es un hombre de talento. Por desgracia ninguno de los tres tiene una mirada que penetre en la vida humana. —Y luego añadió—: Antes que leer a Merezhkovski, lea usted a Aksákov y a Jomiakov. Son grandes escritores, rusófilos. Pero, según Aksákov, el futuro de Rusia se basa en tres principios: la autocracia, la ortodoxia y el carácter nacional. Eso ya es ir demasiado lejos en cuestión de patriotismo.

El tema de conversación cambió. Nos pusimos a hablar de las obras de Tolstói.

—¿Cuál de sus propias obras prefiere usted?

Tolstói lo pensó un momento, luego respondió:

—Guerra y paz.

—¿Seguramente porque está basada en la historia real de Rusia?

—Por supuesto. Pero en ella también hay un exceso de pasajes patrióticos.

Ya habíamos salido del bosquecillo, atravesado el bosque y llegado al sendero que conducía a la casa, cuando nuestra conversación dio un giro hacia los escritores europeos. Tolstói de pronto se detuvo y dijo:

—Usted también es escritor. Le voy a dar un consejo. No hable nunca de lo que puede no hablar.

Tomó su bastón, dibujó un círculo en la tierra, trazó en dirección al círculo dos o tres líneas en forma de rayos y continuó:

—En toda verdad puede encontrarse un punto. Usted observa a una persona desde un punto, luego desde otro. Si ve algo que nadie ha visto antes, si tiene usted un punto de vista propio, magnífico; si no, lo mejor es que guarde silencio. De otra manera, diga lo que diga, o escriba lo que escriba, jamás rebasará su estatura.

Y Tolstói, con un dedo, señaló la estatura de un enano.

—El público, probablemente, lo alabará, pero esto no beneficiará en nada a la verdad. Y al decir esto—continuó Tolstói—, estoy hablando también de mí mismo. Fui muy alabado por mis obras, las que escribí hace tiempo, pero ahora veo que no son sino trozos de papel. Creo que mis trabajos religiosos, filosóficos y sociales de ahora no son del todo inútiles.

Ya habíamos llegado a la casa donde yo me hospedaba, y en ese punto se interrumpió nuestra conversación, muy valiosa para mí.

EL ÚLTIMO DÍA

4 de julio Hoy los Sujotin—padre e hijo—se fueron. Yo también me estaba preparando para partir mañana. Pasado mañana se celebrará la boda del hijo mayor, así que me resulta incómodo quedarme aquí más tiempo. Los primeros días, cuando acababa de llegar, pensé en alquilar un cuarto en la aldea de Yásnaia Poliana y, si las circunstancias lo permitían, quedarme a vivir por lo menos todo el verano. Pero ahora ya está de más: ver a Tolstói, intercambiar con él aunque sea una palabra,

es suficiente. «Cada persona tiene su camino», y mi camino ahora está en mi tierra natal.

Cuando Maria me transmitió los deseos de su padre, me dijo que no me preocupara de nada, que me quedara. La condesa añadió:

—Mi hija no ha enviado todavía ningún telegrama, así que quédese un poco más.

En el momento en que yo decía que mi decisión de partir era firme entró Tolstói y, al oírlo, preguntó:

—¿Por qué se va tan pronto?

—Aunque me quedara yo diez años, no tendría la impresión de haber estado demasiado tiempo, pero cinco días tampoco es poco. Si hiciera caso a mis deseos, me quedaría a vivir para siempre en esta casa. Pero debo irme. Debo resolver mis asuntos y poner en ello todo mi empeño. Debo cumplir mi deber. Hasta el día de hoy no he hecho sino soñar, no he vivido en la realidad, pero ahora, cuando vuelva a casa, comenzaré a llevar una vida activa. Si necesito de su consejo, le escribiré una carta. No me negará sus enseñanzas.

Tolstói guardó silencio, no dijo nada en respuesta.

EL BALCÓN Y EL GABINETE

El sol se estaba poniendo. Cada minuto de mi estancia en aquel lugar era para mí valioso. Tolstói parecía muy cansado y pensé que mi presencia lo cansaría aún más. Recogí mis cosas y salí. Desde la casa me alcanzaban los sonidos del piano. Seguramente Alexandra, su hija, estaría tocando para su padre. Pasé mucho tiempo yendo de un lado al otro del patio. Finalmente salió Tolstói y me invitó a ir al balcón. Allí, sobre una silla, estaba abierto un libro escrito en inglés. Tratava de Birmania. Nos pusimos a hablar de las traducciones de Anna Karénina y Resurrección al japonés. Yo le comenté a Tolstói las traducciones al japonés de sus obras escritas después de su «segundo nacimiento», empezando por ¿Cuál es mi fe?, y luego le hablé del surgimiento en Japón del movimiento «Amor abnegado».⁴⁹ Tolstói, a su vez, me contó del despertar de los persas que estaban siendo perseguidos, y me preguntó por la vida

de los cristianos en Japón. Tolstói considera que el panteísmo no debería ser rechazado. Tomó un libro ruso entre las manos.

—Este libro lo armé yo.⁵⁰ Aquí están reunidas las palabras más preciadas, aquellas de las que hay que acordarse siempre. Una enseñanza para cada día. ¡Mire! Hay versículos del Evangelio, aforismos de Herbert Spencer; también hay alguna que otra máxima mía. Cada mañana lo leo y reflexiono en silencio. Es como mi oración. ¡Escuche! ¿Su cumpleaños es el veinticinco de octubre? Por desgracia sólo se ha editado la primera parte que termina el treinta de junio.

—Yo llegué el treinta de junio a su casa, por eso me gustaría escuchar qué máxima corresponde a ese día.

Tolstói asintió con la cabeza, pasó las páginas del libro y leyó algunas frases.

Sobre el balcón había caído la noche y el gabinete estaba en la penumbra. Tolstói me preguntó por mis planes para el futuro. Después, me dijo que me daría algunas cartas de recomendación, encendió una lamparita verde y se sentó a escribir. Con el permiso del anfitrión, permanecí en el gabinete. Miré alrededor. En una superficie de unos diez tatami de longitud, había dos mesas, ya ennegrecidas, una de ellas era de caoba. Había también dos sillas y, en el rincón, un desgastado sofá de cuero negro. En la pared, una pequeña estantería. Entre los libros que estaban sin orden alguno sobre la mesa, reparé en algunas obras budistas y en La psicología del socialismo.⁵¹ En las paredes hay muchos retratos; en una de las paredes está colgada la Madonna Sixtina, pero en cinco cuadros sueltos. El piso no está pintado... Aquí, a este retiro, trajo su esposa a un Tolstói debilitado después de la enfermedad, para vivir juntos en paz. ¡Un gabinete tranquilo y cómodo! Vi la cara de Tolstói a la luz de la lámpara: en la cima, el ralo cabello tiene un color blanco cenizo; inclinada sobre la mesa, la frente surcada de profundas arrugas, las anchas y tupidas cejas, fruncidas. Con una respiración pesada, hacía chirriar la pluma de ganso.⁵² ¡Cuando uno piensa que dentro de un año va a cumplir ochenta!⁵³ Con el paso del tiempo él, gran profeta, va envejeciendo, pero la llama sigue encendida en su interior. Me gustaría que todo el mundo, en señal de respeto, se inclinara frente a él, y que, como yo, derramara lágrimas de

agradecimiento.

Tolstói terminó de escribir las cartas de recomendación para mí. Una iba a San Petersburgo,⁵⁴ y las otras dos a Moscú,⁵⁵ y dejó la pluma. Después cogió la lamparita, la subió y se puso a explicarme cada uno de los cuadros que había colgado en las paredes. Estaba el retrato de Henry George, el retrato del hermano mayor de Tolstói,⁵⁶ muerto hacía algunos años, el retrato del difunto Garrison,⁵⁷ el primer predicador de las ideas de la no resistencia al mal en Estados Unidos. Este retrato se lo envió a Tolstói el hijo de Garrison. Debajo estaba colgado un retrato pintado al óleo de un campesino con una expresión alegre en el rostro. Le pregunté a Lev Nikoláievich por él.

—Es un campesino que nunca leyó un libro, pero que se distinguía por la profundidad de su sapiencia. Se llamaba... por las noches me falla la memoria... no me voy a acordar...

Seguramente habrá sido un campesino como Bóndariév o Siutáiev.⁵⁸

—Veo que le gusta Rafael, ya que tiene aquí a su Madonna.

—No. Me la regaló mi hermana, que ahora está en un monasterio.⁵⁹ En mi opinión es una falsedad—respondió Tolstói y se rio.

De Rafael, la conversación pasó al ensayo de Tolstói ¿Qué es el arte?

—¿Sigue defendiendo los mismos puntos de vista?

—Sí.

—El arte verdadero debe despertar los mejores sentimientos del ser humano...

Tolstói no me dejó terminar, me interrumpió en la mitad de la frase:

—Sí, así es como por lo general lo entienden.

Apagó la lámpara, y nos quedamos todavía algún tiempo en el balcón a la luz del crepúsculo.

De todo corazón le di las gracias a Tolstói por su hospitalidad y me

disculpé porque, por no saber su lengua, lo puse en dificultades haciéndole preguntas tontas en mi mal inglés. Al darle la mano, le dije:

—Maestro, cuídese. Usted dijo en un momento dado que la muerte es la liberación, pero, se lo suplico, no apresure la hora de esa liberación. Usted dijo que, mientras esté vivo, trabajará hasta el último segundo, pero, Maestro, cuide su corazón. En Japón, que fue enemigo de Rusia, en un país cuyo pueblo derramó sangre rusa, han aparecido personas que siguen sus enseñanzas, y cada vez son más por todos lados. Usted ha iluminado el camino para el mundo entero. Anteayer usted dijo que tenía veintiocho años, entonces alguien como yo no es sino un recién nacido o apenas va a nacer. La vida va pasando. Yo rezaré por su salud y su bienestar, para que usted, con su doctrina, nos muestre el camino hacia la luz.

Tolstói me estrechó fuertemente la mano. No anoté lo que me respondió.

Valeri Yákovlevich Briúsov (1873-1924) fue un poeta, dramaturgo, traductor y crítico literario ruso. Uno de los principales miembros del movimiento simbolista en Rusia. Briúsov no conoció personalmente a Tolstói. El 20 de enero de 1898, con motivo del ensayo ¿Qué es el arte?, le envió a Tolstói una carta, la única, con algunas de cuyas tesis más importantes él estaba de acuerdo.

A pesar de que Tolstói negaba rotundamente la literatura de los decadentes rusos, algunas de las poesías de Briúsov le parecían interesantes y con fuerza literaria.

EN LOS FUNERALES DE
TOLSTÓI. IMPRESIONES Y

OBSERVACIONES*

VALERI YÁKOLEVICH BRIÚSOV

I

Eran las siete de la tarde cuando Iván Ivánovich Popov⁶⁰ y yo salimos del puesto de Sérpujov. Íbamos en coche, en calidad de delegados del Círculo literario-artístico de Moscú.⁶¹ Con nosotros iba también el hijo de Popov, que entonces era estudiante.

Al principio, apenas salir, lo que vimos fueron arrabales con casitas bajas. Luego, una lejanía negra, nocturna, con las siluetas cuadradas de las fábricas en el horizonte que hacían pensar en un tablero de ajedrez engalanado con pequeñas luces.

La conversación, por supuesto, gira en torno al nombre de Tolstói.

Iván Ivánovich me cuenta del trato que tuvo con Tolstói. Cuando vivía en Siberia, Iván Ivánovich tuvo la oportunidad de prestar un servicio a varias de las personas que habían sido desterradas y por las que Tolstói sentía una gran preocupación. Más tarde Iván Ivánovich estuvo en Yásnaia Poliana y pudo pasear con Tolstói y montar con él a caballo.

Yo no puedo responder a los relatos de Iván Ivánovich de la misma manera: no tuve la oportunidad de conocer personalmente a Tolstói.

Como moscovita que soy, conocía bien la figura grandiosa de Tolstói que, de tanto en tanto, podía verse entre los transeúntes que circulaban por la calle Arbat. Con paso pausado pero, al parecer, con notable vivacidad, Tolstói caminaba entre la multitud apresurada, y muchos se giraban para verlo. Los ojos del insigne anciano miraban con agudeza por debajo de sus cejas pobladas; todos y cada uno tenían la impresión de que Tolstói los observaba con su mirada penetrante.

Cuando yo era estudiante, muchos de mis compañeros «iban a ver a Tolstói» para preguntarle «cómo debían vivir», aunque en realidad era simplemente para verlo. A mí, dicha hipocresía—quizá perdonable—me parecía inadmisibile. Si yo hubiera estado de verdad preparado para comenzar a vivir como Tolstói me lo indicara, también habría ido a verlo, pero sólo para encubrir, con ese pretexto, mi curiosidad, no quería.

Más tarde supe de Tolstói por personas que, por una u otra razón, estaban más o menos cerca de su casa. Uno de mis compañeros vivió dos años con la familia Tolstói como preceptor de sus hijos pequeños.⁶² Otro, que se ocupaba de la biografía de Fet, fue invitado por Tolstói a Yásnaia Poliana, donde tuvo la oportunidad de conocer el archivo del escritor.⁶³ Además escuché los relatos íntimos de muchas personas que visitaron Yásnaia Poliana, y entre ellos, los de Dobroliúbov⁶⁴ y Merezhkovski,⁶⁵ ambos por de más curiosos...

Comparto todos estos relatos con mi compañero de viaje.

Las generaciones futuras sabrán de Tolstói muchas cosas que nosotros no sabemos. Pero ¡cómo envidiarán a todos aquellos que tuvieron la oportunidad de verlo, de hablar con él, de acercarse aunque fuera un poco a ese inmenso ser humano, y envidiarán incluso a personas como yo, que hemos podido enterarnos de la vida de Tolstói por quienes lo conocieron personalmente! Ahora que Tolstói ya no está, comenzamos a darnos cuenta de la importancia que tiene haber sido su contemporáneo.

Dejamos atrás Podolsk.

Las calles de la pequeña ciudad provinciana pasan rápidamente. De nuevo los campos, las oscuras lejanías, el cielo cuajado de estrellas.

Apoyados contra los laterales del coche, dormitamos.

De pronto abro los ojos y veo a través de la ventana de la parte delantera, que nuestro automóvil vuela impetuoso directamente hacia una barrera que está bajada.

Me incorporo de un salto, doy un grito. Surgen uno tras otro los

recuerdos de todos los choques automovilísticos sobre los que he leído. Parece que un segundo más, y todo habrá acabado.

El chofer, sin embargo, alcanza a dar marcha atrás. El coche, por inercia, continúa volando y se golpea contra un poste. Caemos uno encima del otro...

Una vez que nos hemos incorporado vemos, no sin satisfacción, que hemos salido ilesos. Algunos raspones sin importancia que no vale la pena tomar en cuenta.

Abandonamos el coche.

Un andurrial penoso. Las vías de un tren. Algunos arbolitos enteramente pelados. Un camino despoblado que conduce a una lejanía desierta.

Los choferes están atareados al lado del coche. Es evidente que se echó a perder y que es imposible seguir manejándolo.

Más tarde leí que una escolar, cuando vio que no había sitio para ella en el tren «de delegados», en el que viajaban las diputaciones universitarias a los funerales de Tolstói, se había soltado a llorar. Nosotros también estábamos a punto de llorar. Nos maldecíamos por haber elegido el coche en vez del tren. En la desesperación absoluta nos preguntábamos mutuamente si el destino nos tendría deparado pasar el día del entierro de Tolstói en el campo, en una aldea cualquiera...

Hacíamos amargos reproches a los choferes, aunque nos diéramos perfecta cuenta de que aquello era inútil. Éstos nos aconsejaban mandar un telegrama a Moscú y solicitar otro coche. Pero... ¿dónde podíamos encontrar una oficina de telégrafos desde donde enviar un telegrama a esas horas de la noche?

Tras el consejo militar que tuvimos en la caseta del guardián, alquilamos una telega y a trompicones llegamos hasta Lopasnia, la aldea más cercana. El coche es arrastrado detrás de nosotros, ya que los choferes tienen la esperanza de que pueda ser arreglado en la fragua.

Nuestra llegada llama la atención en Lopasnia. Aunque ya es tarde y las luces están apagadas en todos lados, de tanto en tanto nos topamos en las calles con algún parrandero tardío (el día es a medias festivo: el del arcángel Miguel). Un montón de curiosos se agolpa alrededor del coche, todos con gorras y sombreros. Llega el herrero, y no me atrevería a afirmar que sobrio. Se acerca el pope local con su joven esposa, la popesa.

El pope da un buen consejo: ir a la oficina de correos, donde hay un teléfono desde el que se puede llamar a Sérpujov y a Moscú. Vamos.

La oficina de correos está vigilada por guardias. Nos informan que los vigilantes están autorizados para disparar a todo aquel que se acerque demasiado. Entramos en negociaciones militares.

—¡De acuerdo! Uno de ustedes, el que tenga mayor sentido común, que entre—nos conceden.

Coincidimos en que el chofer es el que tiene mayor sentido común y lo enviamos. Al cabo de unos cuantos minutos vuelve con una noticia que nos alegra: a las tres llegará otro coche.

Es de noche, la aldea duerme, los perros ladran, de vez en cuando se pelean los transeúntes borrachos. Hay que esperar en algún lado las tres o cuatro horas que faltan para que llegue el otro «auto».

De nuevo nos dirigimos al pope. Tal vez se haya dado cuenta de a dónde vamos... O quizá se deba a otra razón, pero el caso es que ahora nos responde con mucha sequedad... Llamamos a la puerta de un hotel rural con «habitaciones». No nos dejan entrar. ¿Por qué? Porque no llevamos el pasaporte con nosotros. Así que imposible.

Nada que hacer, vamos donde el herrero, a su isba poco espaciosa y sucia. Allí, un rato alrededor del samovar y otro sobre los baúles, matamos lo que queda de la noche...

A las tres de la mañana me despierta la voz jovial de Iván Ivánovich. «¡Ya llega!».

Y sí, estaba llegando el automóvil. Y no llegaba solo. ¡Era toda una procesión! A la cabeza iba el nuestro, luego venía otro desde el que

nos saludaban con la mano unas personas conocidas, y luego un tercero... Alguien dice que en el último iba el alcalde Nikolái Ivánovich Guchkov.⁶⁶ Después esa información resultó ser falsa: Guchkov encontró cosas más importantes que hacer en Moscú en ese momento.

El herrero se despidió muy cordialmente de nosotros:

—¡Buen viaje, señores! Que no les sepa mal mi pobreza. Yo también soy un seguidor del conde Tolstói: no tengo bienes.

Comienza a clarear. La tierra está cubierta de nieve. Hace frío.

Volamos a todo volar en dirección a Tula. Como habíamos perdido tanto tiempo decidimos no pasar por Záseka, sino lavarnos y arreglarnos en la estación de Tula e ir directamente a Yásnaia Poliana.

II

Dejamos el coche en la carretera y continuamos a pie en dirección a Yásnaia Poliana.

Iván Ivánovich me explica la topografía del lugar. Éste es el vergel que sembró Tolstói. Y éste el banco en el que le gustaba sentarse. Allá, a lo lejos, está el bosquecillo de Afon, cerca del cual estará su tumba. Y aquellas son las dos famosas torrecitas que marcan la entrada a la hacienda de Yásnaia Poliana, muy conocidas de todos tanto por las memorias que han escrito diversas personas, como por el incalculable número de fotografías que de ellas se han visto.

Un bello lugar con colinas y depresiones. Un paisaje puramente ruso. En la pendiente de la aldea, que parece ser pobre, isbas con techos de paja.

Subimos por un camino de tierra. Ahí está la casa de Yásnaia Poliana, de dos pisos, sencilla, con una terraza en cuya balaustrada de madera blanca han sido recortadas pequeñas figuras de animales y de aves. Es la hacienda señorial por excelencia. Frente a la terraza está «el árbol de los pobres».⁶⁷ Todo me resulta muy familiar, es como si hubiese estado aquí cantidad de veces.

A un lado, el edificio de la vieja escuela, luego el de la servidumbre, y allá está la caballeriza... Todo da una impresión de hartو descuido...

Habían llegado ya muchas personas: estudiantes y liceístas; fotógrafos. Por todos lados, tanto en el parque como en el calvero frente a las puertas, guardias a caballo y custodias.

Iván Ivánovich toma cartas en el asunto, se pone a decir a los estudiantes que son precisamente ellos quienes han de mantener el orden. Yo me hago a un lado. Oigo a alguien interrogar a un campesino local... Las conversaciones me resultan familiares, son las mismas que se habían venido repitiendo en Moscú: palabras exaltadas sobre el conde, juicios y condenas para la condesa.

Poco a poco va llegando más y más gente. Tomo bajo mi custodia a un periodista francés a quien no querían dejar entrar. Me encuentro aquí y allá con conocidos. Por primera vez me entero de las trabas que, por orden de Petersburgo, se pusieron en Moscú a quienes debían salir de la estación de Kursk...

A lo lejos se oye un canto.

—¡Ya viene!

Inquietud general, luego todo el mundo se queda inmóvil, en espera.

El cortejo se acerca. Primero vienen los campesinos con una pancarta en la que puede leerse:

LEV NIKOLÁIEVICH, LA MEMORIA
DEL BIEN QUE HAS HECHO NO MORIRÁ
ENTRE NOSOTROS, LOS CAMPESINOS
HOY HUÉRFANOS DE YÁSNAIA POLIANA

Le sigue una corona pequeña. Detrás, en hombros, transportan a Tolstói en un sencillo ataúd de pino. Luego vienen tres telegas con unas coronas cuyas cintas arrastran tristemente por el barro.

El cortejo llega a la entrada de la hacienda. Poco a poco sube el camino. La gente, toda, lo sigue en silencio. Nadie siente deseos de hablar. Un vivaracho jovencito se adelanta, acomoda bien su cámara Kodak, agita los brazos y le grita al cortejo:

—¡Un momentito! ¡Un momentito! Deténganse.

Quienes llevan el féretro involuntariamente se detienen.

—¡Déjese de momentitos!—suelta con grima uno de los encargados.

En todos lados, desde detrás de los árboles y en lo alto de ellos, las cámaras fotográficas retratan el cortejo.

Alrededor de la casa hay un gentío. Todos quieren, cueste lo que cueste, acercarse al ataúd. Uno de los hijos de Tolstói sale al balcón y pide a la concurrencia que se tranquilice y que le permita a la familia pasar media hora a solas con el difunto. Más tarde el cuerpo será expuesto y todos tendrán oportunidad de despedirse de los restos del escritor.

Cesa la agitación. Se forma una larga fila semejante a una cinta viviente que, partiendo del balcón de la casa, serpentea por el parque. A lo largo de todo ese histórico día, los «señores» y los «campesinos» se mezclaron de manera natural y sencilla.

No tengo ganas de formarme en la fila, deambulo por el parque, observo los rostros, pienso.

¡Qué poca gente se reunió! ¡No serán más de tres o cuatro mil personas! Para Rusia, para los funerales de Tolstói, es una cifra insignificante.

Pero es que se hizo todo lo posible por evitar que el entierro de Tolstói se convirtiera en un acontecimiento de importancia nacional.

Ante todo, durante los tres días que siguieron a la muerte del escritor, quienes vivían en lugares lejanos no tuvieron manera de acceder a Yásnaia Poliana. Es cierto que Tolstói había pedido ser enterrado lo más pronto posible. Pero también pidió que no se colocaran coronas sobre su tumba y, sin embargo, esta última

voluntad suya no se respetó y se dio «libertad de acción». ¿Por qué, entonces, se apresuraron tanto con el entierro?

Además, se prohibió la salida de trenes especiales desde Moscú. Miles de personas se quedaron en la estación, ya que dicho veto se dio a conocer en el último momento. Había, pues, que optar por otras rutas, por la carretera de Riazán o la de Brest...

En realidad, sólo pudieron llegar los habitantes de poblados próximos, los de Tula y un puñado de moscovitas. Yo, como moscovita de toda la vida, conozco a muchas de las personas que llegan. Es un apretón de manos tras otro...

Todos, por supuesto, hablan de Tolstói... Cuando entablas una conversación, lo haces con cierta inquietud: no vaya a ser que con una frase imprudente, con una palabra «inadecuada», se quiebre el estado anímico que se ha creado. Pero, seguramente, ese día todos tienen necesidad de las mismas palabras, y todo lo que oigo a mi alrededor armoniza de manera muy natural con mis pensamientos.

Efros me habla de los cinco días que ha pasado en la estación de Astápovo.⁶⁸ Alrededor de la casa donde agonizaba Tolstói, se vivió en un estado de suprema tensión. Todos estaban conscientes de que las pulsaciones de ese pequeño lugar repercutían en el mundo entero. Los tétricos rumores que surgían de no se sabe dónde, inquietaban y asustaban. La dolorosa contienda entre los dos partidos que luchaban junto a la cama del moribundo, hacía que la situación fuese todavía más penosa.

Organizadores del destacamento sanitario estudiantil se nos acercan a Iván Ivánovich y a mí para pedirnos consejo: ¿qué hacer? Habían estado desde por la mañana temprano en sus puestos, no habían comido nada y estaban exhaustos. Les aconsejamos que dejen a un pequeño grupo y vayan a descansar. El orden es ejemplar, se podrá mantener por sí mismo, y no parece que vaya a necesitarse la intervención de la asistencia médica.

Tratamos de llegar a un acuerdo con los jefes del destacamento de la policía y de la guardia, intentando convencerlos de que dejen la custodia del orden a la propia multitud. Nos conceden mantenerse al margen mientras el orden no se vea alterado.

Cojeando (se ha hecho daño en un pie), se acerca el príncipe A. I. Sumbátov-Yuzhin.⁶⁹ Coloca en la tumba de Tolstói una corona plateada de parte de los teatros Imperiales...

III

Las dos y media.

Si quiero despedirme de Tolstói, debo darme prisa.

Iván Ivánovich y yo nos ponemos en la fila casi al final. Pasamos por el recibidor, atestado de armarios llenos de libros. De la habitación contigua a la de la entrada han sacado todo, salvo el busto de Nikolái, el hermano de Tolstói, que está en un nicho en la pared.

Tolstói reposa en su féretro abierto. Parece más pequeño y más enjuto. En el rostro esa mezcla de serenidad y dulzura tan propia de la mayoría de las personas que han dejado este mundo. Dicen que Tolstói cambió mucho.

Es imposible demorarse en esta habitación ni siquiera un minuto... ¡Y qué ganas de detenerse! Es Tolstói, el hombre que con la fuerza mágica de su palabra, de su pensamiento, de su voluntad, dominó el espíritu de su tiempo. Fue el portavoz de las ideas y de las dudas no de una generación, ni de un país, ni siquiera de una cultura, sino de toda la humanidad de nuestro tiempo. Y ahora yace aquí, tras haber realizado su misión y habiéndole dejado a generaciones de muchos siglos venideros la tarea de adentrarse en sus palabras, de desentrañar el significado oculto que él apenas tuvo tiempo de insinuar...

—¡Señores, vayan pasando! ¡No se detengan!

Salimos al jardín. Después de esos momentos vividos frente al rostro de Tolstói, es como si en el alma algo hubiese cambiado. Parece indigno pensar en las nimiedades en las que habíamos estado pensando dos minutos antes.

Una anciana campesina llora y se enjuga los ojos con su mandil. Acaba de estar en la fila con nosotros.

—¿Es usted de aquí?

—De aquí, de Yásnaia Poliana.

—¿Cambió el difunto?

—Los últimos años ya estaba así. Flaquito y pequeñito. Lo justo para que no se le escapara el alma. Consumió su cuerpo, aquí, en la tierra. Y allá ya ni falta le hace...

Se entreabren las puertas de la casa. Preparan la salida del féretro. De nuevo la multitud se agolpa junto al balcón.

Por encima de las cabezas asoman las cámaras de los cinematografistas.

De nuevo se abren de par en par las puertas de la casa y, en silencio, muy despacio, sacan el ataúd. Lo llevan en hombros los hijos de Tolstói.

Alguien entona Memoria eterna.

Todos los presentes lo secundan. Incluso quienes no cantan nunca. Es el deseo de unir la propia voz con este coro: ¡Rusia entera!

—¡De rodillas!

Todos nos arrodillamos frente al féretro de Tolstói.

No se oyen sino los disparadores de las Kodak y las manivelas de las cámaras cinematográficas. Pero no es posible enfadarse. Mañana, gracias a estos miles de tomas, este momento se repetirá frente a los miles de personas que no llegaron a tiempo, que fueron relegadas, que no pudieron estar presentes.

Más tarde me dijeron que en una toma salí muy claro.⁷⁰ No sé, yo no quise ver la repetición mecánica de lo que había visto en la vida real. En todo caso, en ese momento, en el minuto solemne de los funerales, el trabajo de los cinematografistas más bien me irritó.

Da inicio una nueva procesión: a la tumba.

Avanzamos despacio, dentro de la cadena formada por los estudiantes y las liceístas.

Detrás del féretro va la familia del difunto. Con un abrigo sencillo de cuello gris, cubierta por un pañuelo negro, desconsolada, inclinada, camina la condesa Sofia Andréievna. La llevan del brazo.

Un rostro llama mi atención. Es Ozolin, el jefe de la estación de Astápovo, el que cedió su casita a Tolstói enfermo. Un rostro sencillo, franco, bondadoso; calvo y con barba negra.

¡Qué concatenación de casualidades hizo que en esta pequeña estación de los ferrocarriles rusos, que en nada se diferencia de cientos, de miles de estaciones en Rusia, se representara la última escena de una gran tragedia: la vida de Lev Tolstói! ¡Qué concatenación de casualidades hizo que Ozolin, este amable y sencillo jefe de una estación ferroviaria, se convirtiera en un personaje histórico cuyo nombre uno no quisiera olvidar! ¡A partir de hoy el mundo entero lo recordará como, por lo menos, a ese pobre pescador en cuya barca Julio César quiso atravesar un día el Adriático!

El cortejo avanza acompañado de esa Memoria eterna. No es fácil andar, los pies trastabillan en las congeladas desigualdades de la tierra. Y, pese a todo, uno no quiere apartar la vista de ese sencillo féretro amarillento. Uno quisiera conservarlo en la memoria de los ojos, como si de esa manera fuese posible acercarse a aquel cuyos restos descansan en esa caja de roble...

Bordeando el bosquecillo de Afon llegamos al «coto del Conde», el lugar que hace mucho tiempo eligió Tolstói para su última morada.

Una pequeña colina en la que han crecido siete u ocho roblecillos jóvenes aún. A la izquierda, el camino y diversos boscajes. A la derecha un barranco y un ligero declive. Se ve la lejanía, sembrada de matorrales y de árboles. La extensión y la serenidad esbelta de las líneas...

El corazón ruso reconoce la belleza de un paisaje así. Es una belleza familiar, nuestra. Sobre dicha belleza se antoja citar las palabras del poeta:

Ni la advierte ni la entiende

la mirada orgullosa de otra tribu...

Tolstói pertenece al mundo entero. Toda la humanidad le era cercana. Sus palabras resonaban para los ingleses, y también para los franceses, para los japoneses y para los buriatos... Toda la humanidad le era, sí, cercana. Pero amaba, con un amor imbatible, a Rusia. Entendió el alma de Rusia como nadie; pintó la hermosura de su naturaleza con una perfección insuperable. ¡Y qué maravilla que su tumba esté en un bosque ruso, bajo esos árboles que tanto quiso, y que la colina donde yace se acople de esta manera con el paisaje que tan bien conoció y tanto amó...!

Los organizadores agitan los brazos. Los estudiantes hacen todos los esfuerzos posibles para contener a la multitud. Los curiosos han trepado a los árboles, están en lo alto, agarrados de las ramas.

Memoria eterna.

Voces jóvenes llenan con su canto austero y rogativo el limpio aire otoñal.

Nuevamente todos se ponen de rodillas.

Sólo se quedan de pie unos cuantos policías.

En el bosque, detrás de los árboles, un destacamento de custodias con fusiles en las manos está a la expectativa.

Hacen descender el féretro a la sepultura cavada por campesinos locales en la tierra congelada.

De antemano se había acordado que no habría discursos. ¿Qué se puede decir frente a la tumba de Tolstói? Todos y cada uno sentimos frente a ella nuestra propia insignificancia.

Iván Ivánovich y yo nos hacemos a un lado. Ha concluido un gran acontecimiento. Ha tenido lugar el «funeral popular» como bien llamó alguien a este sepelio.⁷¹ Huelga decir que «al pueblo», en una cantidad que pudiera considerarse significativa, no se le dio la oportunidad de estar presente. Sin embargo, todas las personas que

lograron llegar, se sentían representantes de Rusia, eran conscientes de que en ellos recaía la responsabilidad de cómo fuera a transcurrir el día. Esa conciencia tácita unía misteriosamente a la multitud, hacía que todos, tanto los «intelectuales» como la «gente sencilla» vivieran lo que estaba ocurriendo con genuina veneración.

Todo se llevó a cabo con sencillez, pero en esta sencillez había algo mucho más intenso que en la agitación y en el ruido de la multitud en otros entierros. Era como si alguien le hubiese dicho a todos y a cada uno cómo debía comportarse en ese momento. Y los funerales de Tolstói, en pleno bosque, en ese rincón apartado del «coto del Conde», en presencia de tres o tres mil quinientas personas, fueron dignos de Tolstói... O, mejor dicho, fueron dignos de Rusia...

Las tres. Debemos darnos prisa.

Cuando ya estábamos yéndonos, alguien se puso a decir unas palabras al lado de la tumba. Hubo un cierto malestar en el alma por el hecho de que se hubiese violado el pacto. Después supimos que Sulerzhitski había comentado por qué razón se había elegido precisamente ese lugar para la tumba de Tolstói.⁷² Cuando Sulerzhitski terminó, otro de los presentes dijo algunas palabras, palabras que no estuvieron mal, pero de cualquier forma estaban de más...

Unos cuantos minutos después ya estábamos en el automóvil. Comenzó el viaje en sentido inverso. La noche cayó rápidamente.

En las afueras de Tula nos encontramos con personas que llegaban tarde al entierro. Cerca de Sérpujov nos topamos con el coche del rector de la Universidad de Moscú, Alexandr Apolónovich Manuílov.⁷³ En plena oscuridad y rodeados de la negrura de los campos, intercambiamos algunas palabras, le contamos lo que habíamos visto. De nuevo comenzaron a vislumbrarse los campos y las aldeas, y también los tableros de ajedrez de las fábricas. Un gran día había concluido.

ÍNDICE DE NOMBRES

AKSÁKOV, Serguéi Timoféievich (1791-1859): escritor ruso

ALDRIDGE, Ira Frederick (1804-1867): actor trágico de raza negra

ALEJANDRO II (Románov, Alexandr Nikoáievich; 1818-1881):
emperador de Rusia entre 1855 y 1881

ANGELUS SILESIUS (Scheffler, Johann; 1624-1667): poeta religioso
germano

ANKE, Nikolái Bogdánovich (1803-1872): médico, amigo de A. E.
Bers

AUERBACH, Yulia Fiódorovna (1827-1871): escritora, directora del
liceo femenino de Tula

BERGHOLTS, Sóniechka: sobrina de Y. F. Auerbach

BERS, Alexandr Andréievich (Sasha; 1845-1918): hermano de S.A.
Tolstaia

BERS, Andréi Evstafévich (1808-1868): padre de S.A. Tolstaia

BERS, Elizabeta Andréievna (Liza; 1843-1919): hermana de S.A.
Tolstaia

BERS, Liúbov Alexándrovna (de soltera Islávina; 1826-1886): madre
de S. A. Tolstaia

BERS, Piotr Andréievich (Petia; 1849-1910): hermano de S.A.
Tolstaia

BERS, Tatiana Andréievna (Tania, Tániechka, de casada
Kuzmínskaia; 1846-1925): hermana menor de S. A. Tolstaia

BERS, Viacheslav Andréievich (1861-1907): hermano de S. A.
Tolstaia

BERS, Vladímir Andréievich (Volodia; 1853-1874): hermano de S.
A. Tolstaia

BIRIUKOV, Pável Ivánovich (1860-1931): editor, hombre público, amigo y biógrafo de Tolstói

BÓNDAREV, Timoféi Mijáilovich (1820-1898): campesino, miembro de una secta religiosa, autor de El triunfo del labrador o El amor al trabajo y la holgazanería

BRIÚSOV, Valeri Yákovlevich (1873-1924): escritor ruso

BYRON, George Noel Gordon (Lord Byron; 1788-1824): poeta inglés

CHÉJOV, Antón Pávlovich (1860-1904): escritor ruso

CHERNOGÚBOV, Nikolái Nikoláievich: coleccionista moscovita

CHERTKOV, Vladímir Grigórievich (1854-1936): gran amigo de Tolstói, editor de su obra

CONFUCIO

DOBROLIÚBOV, Alexandr Mijáilovich (1876-1944): poeta ruso, representante del decadentismo

DOSTOIEVSKI, Fiódor Mijáilovich (1821-1881): escritor ruso

DUNIASHA véase OREJOVA, Evdokia Nikoláevna

EFFENDI ABBAS: cabeza de la secta de los bejaístas en Siria

EFROS, Nikolái Efímovich (1867-1923): periodista, crítico teatral. Estuvo en la estación de Astápovo durante la enfermedad de Tolstói como corresponsal de varios periódicos rusos

EMERSON, Ralph Waldo (1803-1882): escritor y filósofo estadounidense

ERGÓLSKAIA, Elizabeta Alexándrovna: hermana de T. A. Ergólskaia

ERGÓLSKAIA, Tatiana Alexándrovna (1792-1874): pariente de Tolstói

FET, Afanasi Afanásievich (1820-1892): poeta ruso, gran amigo de Tolstói

FUKAI, Eigo: periodista japonés

GARRISON, William Lloyd (1805-1879): abolicionista, periodista y reformador social estadounidense

GEORGE, Henry (1839-1897): economista y escritor estadounidense

GHE, Nikolái Nikoláievich (1831-1894): pintor ruso

GINSBURG, Ilyá Yákovlevich (1859-1939): escultor ruso

GIPIUS, Zinaída Nikoláievna (1869-1945): escritora y crítica literaria rusa

GÓGOL, Nikolái Vasílievich (1809-1852): escritor ruso

GONCHAROV, Iván Alexándrovich (1812-1891): escritor ruso

GORBUNOV, Iván Ivánovich (1864-1940): escritor y poeta ruso

GORKI, Maxim (pseudónimo de Alexéi Maxímovich Péshkov; 1868-1936): escritor ruso

GRÓMOV: arquitecto de Tula

GRÓMOVA: esposa del anterior

GUCHKOV, Nikolái Ivánovich (1860-1935): empresario y político ruso, alcalde de Moscú entre 1905 y 1912

ISLÉNIEV, Alexandr Mijáilovich (1794-1882): abuelo de S. A. Tolstaia

ISLÉNIEV, Mijaíl Alexándrovich (1819-1905): tío de S. A. Tolstaia

ISLÉNIEVA, Aglaia Alexándrovna: hija del segundo matrimonio de A. M. Isléniev

ISLÉNIEVA, Natalia Alexándrovna: hija del segundo matrimonio de A. M. Isléniev

ISLÉNIEVA, Olga Alexándrovna: hija del segundo matrimonio de A. M. Isléniev

ISLÉNIEVA, Sofia Alexándrovna (de soltera Zhdánova; 1812-1880): segunda esposa de A. M. Isléniev

JOMIAKOV, Alexéi Stepánovich (1804-1860): poeta y eslavófilo ruso

JULIO CÉSAR (Cayo Julio César; 100 a. C.-44 a. C.): líder militar y político romano

KARNOVICH, Nadezhda Alexándrovna: tía de S. A. Tolstaia

KOZLÓVSKAIA, Sofia Petrovna (muerta en 1830): abuela de S. A. Tolstaia

KRAMSKÓI, Iván Nikoláievich (1837-1887): pintor y crítico de arte ruso

KURSINSKI, Alexandr Antónovich (1873-1919): poeta y periodista, en 1895 fue profesor de Mijaíl Lvóvich, uno de los hijos de Tolstói

LIZA véase BERS, Elizabeta Andréievna

MAKOVICKÝ, Dušan (1866-1921): médico, amigo y correligionario de Tolstói

MANUÍLOV, Alexandr Apolónovich (1861-1929): economista, rector de la Universidad Imperial de Moscú entre 1905 y 1911

MEIJI (Mutsuhito, 1852-1920): emperador japonés

MENCIO (372-289 a. C.): filósofo chino, seguidor de Confucio

MEREZHKOVSKI, Dmitri Serguéievich (1866-1941): escritor, posteriormente emigrante político ruso

MORÓZOV, Piotr Vasílievich (1838-1906): maestro de la escuela de Yásnaia Poliana

MOZI (479-403 a. C.): pensador chino

OBOLÉNSKAIA, Ekaterina (Katia)

OBOLENSKI: príncipe

OJÓTNITSKAIA, Natalia Petrovna: dama de compañía de T. A. Ergólskaia

ORÉJOV, Alexéi Stepánovich (muerto en 1882): sirviente en casa de los Tolstói

ORÉJOVA, Evdokia Nikoláievna (Duniasha): doncella en casa de los Tolstói

OZOLIN, Iván Ivánovich (muerto en 1913): jefe de la estación ferroviaria de Astápovo

PERFÍLIEV, Vasili Stepánovich (1826-1890): amigo de infancia de Tolstói, gobernador de Moscú entre 1878-1887

PERFÍLIEVA, Praskovia Fiódorovna (de soltera Tolstaia; 1831-1887): prima segunda de Tolstói, esposa de V. S. Perfíliev

PETIA véase BERS, Piotr Andréievich

POPOV, Iván Ivánovich (1862-1942): revolucionario, periodista, editor, pedagogo y memorialista

RAFAEL (Raffaello Sanzio, conocido también como Rafael de Urbino; 1483-1520): pintor y arquitecto italiano

REPIN, Ilyá Efímovich (1844-1930): pintor y escultor ruso

SASHA véase BERS, Alexandr Andréievich

SAIGYō (1118-1190): monje japonés

SIUTÁIEV, Vasili Kirílovich (1820-1892): miembro de una secta

SPENCER, Herbert (1820-1903): filósofo positivista y sociólogo inglés

STELOVSKI, Fiódor Timoféievich (1826-1875): editor de San Petersburgo

SUJOTIN, Alexéi Mijáilovich (1888-1941): lingüista y orientalista; hijo de M. S. Sujotin

SUJOTIN, Mijaíl Serguéievich (1850-1914): esposo de Tatiana Lvovna Tolstaia

SULERZHITSKI, Leonid Antónovich (1872-1916): escritor, crítico, director del Teatro de Arte de Moscú

SUMBÁTOV-YUZHIN, Alexandr Ivánovich, príncipe (1857-1927): actor y dramaturgo ruso, historiador del teatro

TANIA véase BERS, Tatiana Andréievna

TIMIRIÁZEV, Fiódor Ivánovich (nacido en 1832): juez de instrucción

TŌGŌ, Heihachirō (1848-1934): almirante japonés al mando de la Armada en la batalla de Tsushima

TOKUTOMI ROKA (pseudónimo literario de Kenjirō Tokutomi; 1868-1927): escritor y filósofo cristiano japonés de los períodos Meiji (1868-1912) y Taisho (1912-1926)

TOLSTAIA, Alexandra Lvovna (Sasha; 1884-1979): hija menor de Tolstói

TOLSTAIA, Maria Lvovna (Masha, Máshenka, de casada Obolénskaia; 1871-1906): hija de Tolstói

TOLSTAIA, Maria Nikoláievna (1830-1912): monja, hermana de Tolstói

TOLSTAIA, Sofia Andréievna (de soltera Bers; 1844-1919): esposa de Tolstói

TOLSTAIA, Tatiana Lvovna (Tania; de casada Sujótina-Tolstaia; 1864-1950): hija de Tolstói

TOLSTÓI, Lev Lvóvich (Lelia, 1869-1945): hijo de Tolstói

TOLSTÓI, Mijaíl Lvóvich (Misha; 1879-1944): hijo de Tolstói

TOLSTÓI, Nikolái Ilich (1794-1837): padre de Tolstói

TOLSTÓI, Nikolái Nikoláievich (1823-1860): hermano mayor de Tolstói

TOLSTÓI, Serguéi Nikoláievich (1826-1904): segundo de los tres hermanos mayores de Tolstói

TOLSTÓI, Serguéi Lvóvich (1863-1947): hijo de Tolstói

TOLSTÓI, Valerián Petróvich (1813-1865): esposo de M.N. Tolstaia

TRÍFONOVA, Stepanida: anciana que vivía en casa de los Bers

TURGUÉNIEV, Iván Serguéievich (1818-1883): escritor ruso

VARVARA (Ostra): sirvienta anciana en casa de los Bers

VERA IVÁNOVNA: nana de los Bers

VOLODIA véase BERS, Vladímir Andréievich

YUSHKOVA, Pelaguia Ilínichna (de soltera Tolstaia; 1801-1875): tía de L. N. Tolstói

ZAÍKÓVSKAIA, Olga Dmítrievna (1844-1919): hija del inspector de la Universidad de Moscú

ZAVADÓVSKAIA, Sofia Petrovna: abuela de S. A. Tolstaia

ZHDÁNOVA, Sofia Alexándrovna véase ISLÉNIEVA, Sofia Alexándrovna

Publicado por

ACANTILADO

Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la selección y la edición, 2017 by Selma Ancira Berny

© de la traducción, 2017 by Selma Ancira Berny

© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.

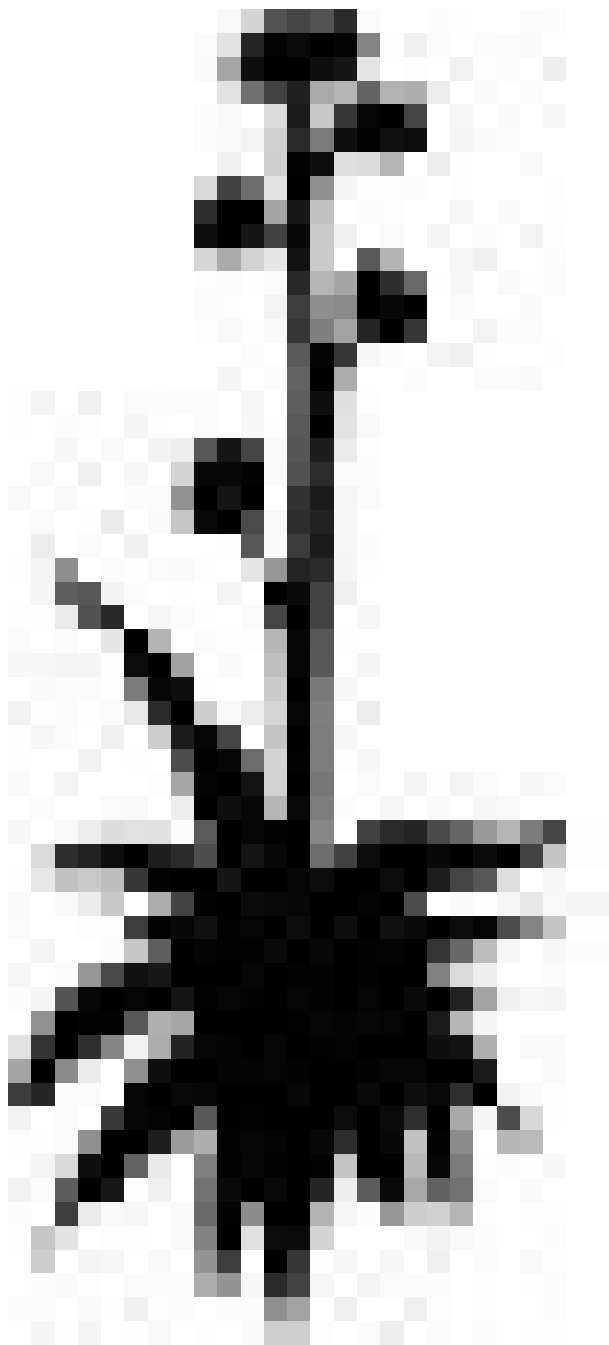
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-98-4

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

abril de 2022



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente

prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

* Relato tomado de Diarios de Sofia Andréievna Tolstaia 1860-1891, editado por M. y S. Sabashnikov, 1949.

¹ Aglaia, Olga y Natalia.

² Maria Nikoláievna Tolstaia (1830-1912).

³ El padre de Tolstói, Nikolái Ilych Tolstói, con frecuencia visitaba a Isléniev en Krásnoie. Isléniev, a su vez, iba con frecuencia a ver a Tolstói a Yásnaia Poliana. Los niños se habían hecho amigos.

⁴ Natalia Petrovna Ojótnitskaia, dama de compañía de Tatiana Alexándrovna Ergólskaia.

⁵ Evdokia Nikoláevna Oréjova.

⁶ Alexéi Stepánovich Oréjov, ayuda de cámara de Tolstói. Había estado con él en el Cáucaso y en Sebastópol.

⁷ La estación de trenes se llama Kozlova-Záseka.

⁸ Sofia Petrovna Kozlónskaia.

⁹ El motivo del registro había sido la denuncia de Mijaíl Ivánovich Shipov, en la que acusaba a Tolstói de tener en su casa, entre los maestros de la escuela de Yásnaia Poliana, a estudiantes de distintas universidades «sin permiso de residencia». Se sospechaba que algunos de ellos eran revolucionarios y habían instalado una imprenta clandestina allí, en casa de Tolstói.

¹⁰ Se trata del relato de Sofia Andréievna Tolstaia, «Natasha». «En ese relato—recordaba—, describía yo al príncipe Dublitski, ya no muy joven y de aspecto poco atractivo, que de alguna manera tenía los rasgos Lev Nikoláievich, y lo casaba con Liza, mi hermana mayor». El relato fue destruido por Sofia Andréievna justo antes de la boda. El 26 de agosto de 1862, Tolstói escribió en su diario: «Sonia no estaba bonita, estuvo vulgar, pero me interesa. Me dio a leer un relato. ¡Qué capacidad para la verdad y la sencillez! La atormenta la falta de claridad. Lo leí todo sin sentir opresión, sin un solo signo de celos o de envidia, pero eso del “físico extraordinariamente poco atractivo” y la “versatilidad de juicios” me llegó hasta lo más hondo. Me tranquilicé. Todo esto no tiene nada que ver conmigo». Sin embargo, varias de las entradas siguientes atestiguan lo mal que lo estaba pasando Tolstói. Por ejemplo, el 7 de septiembre escribió: «Dublitski, no te metas donde están la juventud, la poesía, la belleza, el amor». Y el 9 de septiembre: «Dublitski, no sueñes».

¹¹ En la familia Bers todos pensaban que Tolstói pretendía a Liza, la hermana mayor.

¹² En Lev Tolstói, *Diarios (1847-1894)*, ed. y trad. de Selma Ancira, Barcelona, Acantilado, 2002, p. 204.

¹³ Este relato de Sofia Andréievna fue escrito un par de años antes de su matrimonio. Según Tatiana Kuzmínskaia (la hermana menor de Sofia Andréievna) retrataba una situación similar a la de la familia Bers y añadía dos personajes masculinos, Dublitski y Smirnov. Dublitski estaba inspirado en Tolstói, mientras que la heroína de la historia, Elena, tenía los rasgos de Sofia Andréievna. Elena se sentía atraída por el joven Smirnov tanto como por Dublitski, de más edad, inteligente, enérgico pero poco atractivo físicamente. Zinaída, la hermana mayor de Elena, también se sentía atraída por Dublitski. Tolstói le pidió a Sofia Andréievna que le permitiera leer su manuscrito.

¹⁴ Ivitsy era la propiedad del abuelo de Sofia Andréievna, Alexandr Mijaílovich Isléniev. Tolstói llegó de improviso pensando que la encontraría allí, y escribió sobre una mesa esta frase, utilizando únicamente las primeras letras de cada palabra y pidiéndole a ella que las adivinara.

¹⁵ La carta tiene fecha 14 de septiembre de 1862. En: Lev Tolstói, *Correspondencia, selección*, ed. y trad. de Selma Ancira, Barcelona, Acantilado, 2008, pp. 245-247.

¹⁶ Ira Frederick Aldridge (1805-1867) fue un actor de tragedias estadounidense que se hizo famoso por su interpretación de Oteló. Gozaba de gran popularidad tanto en Europa como en Rusia.

¹⁷ Olga Dmítrievna Zaikónkaia, hija del inspector de la Universidad de Moscú.

¹⁸ Las negociaciones con el editor petersburgués Fiódor T. Stelovski sobre la posible publicación de las obras de Tolstói, no llegaron a buen fin.

¹⁹ Fiódor Ivánovich Timiriázev.

²⁰ Mitrofan Andreievich Polivánov.

²¹ Lev Tolstói, Diarios (1847-1894), op. cit., p. 206.

* Relato tomado de Ilyá Repin, Lo lejano y lo cercano, Moscú, Iskusstvo, 1949.

²² Esta primera aparición tuvo lugar el 7 de octubre de 1880.

²³ Tolstói escribió sobre esta varita en sus memorias: «El secreto principal consistía en cómo lograr que la humanidad no conociera la desgracia, que la gente no se peleara ni se enfadara, sino que fuera siempre feliz. Ese secreto, según nos decía él, Nikólenka, lo había escrito en la varita verde, y la varita estaba enterrada junto al camino, al borde del barranco del viejo Zakaz».

²⁴ El episodio que cuenta Repin tuvo lugar a mediados de agosto de 1887, durante la primera visita del pintor a Yásnaia Poliana. Se trata de una campesina de Yásnaia Poliana, viuda con tres hijos, que se llamaba Anisia Kopylova. En 1887, Tolstói, junto con el campesino K.N. Ziábrev, ayudó a esta mujer en el trabajo de sus tierras. También otros años trabajó para ella.

²⁵ Héroe de las canciones épicas rusas. Personificación de la fuerza campesina.

²⁶ Unos 30°C bajo cero.

²⁷ Repin había pintado ese cuadro en 1896.

²⁸ Referencia al personaje del cuento de Gógol «Vii», un gnomo cuyos párpados llegaban hasta el suelo.

²⁹ Repin estuvo en Yásnaia Poliana del 21 al 29 de septiembre.

³⁰ Círculo de lectura (1906-1907) era una antología de frases y parábolas de distintos pensadores sobre temas filosóficos y éticos. En otoño de 1907 Tolstói estaba revisando el material con miras a una nueva edición que finalmente se llamó Para cada día.

* Tomado del almanaque Tolstói y el extranjero, Moscú, 1975, pp. 170-202.

³¹ El hermano mayor de Tokutomi, Iichirō Tokutomi (pseudónimo Sohō), fue historiador y publicista. Fue director de *El amigo del pueblo*, una editorial muy popular en Japón. Visitó a Tolstói en Yásnaia Poliana el 26 de septiembre de 1896. Se han conservado varias cartas de Iichirō Tokutomi a Tolstói.

³² Eigo Fukai, publicista japonés, colaborador de la editorial El amigo del pueblo, acompañó a Iichirō Tokutomi en su viaje a Yásnaia Poliana.

³³ El ensayo «Sobre la importancia de la revolución rusa».

³⁴ En sus Notas de Yásnaia Poliana, el doctor Makovický describe la visita de Tokutomi Roka a Yásnaia Poliana y también transcribe el relato que Tolstói hizo de su encuentro con el huésped japonés.

³⁵ El de T. M. Bóndarev, *El triunfo del labrador o El amor al trabajo y la holgazanería*, se publicó en junio de 1906 en la revista rusa *El Intermediario* con un prólogo de Tolstói.

³⁶ Los cuatro libros del canon de la filosofía confuciana.

³⁷ Antología de poesía del célebre poeta y monje japonés Saigyō (1118-1190).

³⁸ Mencio (372-289 a. C.) célebre filósofo chino, seguidor de Confucio. En su Círculo de lectura Tolstói incluyó varios de sus aforismos.

³⁹ Mozi (479-403 a.C.) pensador chino. Tolstói estudió con ahínco la filosofía de Mozi y tenía intención de escribir un ensayo sobre él. En 1909 redactó el folleto de P.A. Bulanger sobre la doctrina de Mozi.

⁴⁰ Tolstói no escribió ningún libro con ese título. Puede ser que se refiera a la edición de las cartas de Tolstói a A. G. Rozen (noviembre de 1894) publicado en 1895 en Ginebra por el editor ruso M. Elpidin con el título de Cartas de L. N. Tolstói sobre la razón y la religión.

⁴¹ Tōgō Heihachirō (1848-1934), almirante de flota al mando de la Armada Imperial Japonesa en la batalla de Tsushima.

⁴² Probablemente Tokutomi se refiera a que los dujobory se rehusaban a hacer el servicio militar en el ejército del zar, por lo que eran cruelmente perseguidos.

⁴³ Piotr Vasílievich Morózov (1838-1906) maestro de escritura, lectura, historia de Rusia, e historia sagrada en la escuela de Yásnaia Poliana. Trabajó junto con Tolstói en la metodología de las clases que se impartían a los hijos de los campesinos.

⁴⁴ Alexandra Lvovna Tolstaia (1884-1979), la hija menor del escritor.

⁴⁵ El tanka es un tipo de poesía tradicional japonesa. Consta de treinta y una sílabas, repartidas en cinco versos sin rima, que siguen la medida de 5-7-5-7-7.

⁴⁶ Su nombre personal era Mutsuhito (1852-1920), pero por haber gobernado éste en el período Meiji, es conocido como Emperador Meiji.

⁴⁷ Se trata del libro Angelus Silesius. Cherubinischer Wandersmann. Eingeleitet von Wilhelm Bölsche, editado por Wilhelm Bölsche, Jena y Leipzig, 1905. Este libro, con un sinnúmero de anotaciones y fragmentos traducidos por Tolstói se conserva en la biblioteca de Yásnaia Poliana. Angelus Silesius era el pseudónimo de poeta moralista alemán Johann Scheffler (1623-1677). Tokutomi comete un error llamándolo Burshe. Una serie de aforismos del Cherubinischer Wandersmann fueron incluidos por Tolstói en su Círculo de lectura.

⁴⁸ No se ha podido precisar a quienes se refiere Tokutomi.

⁴⁹ Una corriente ideológica que se dio entre una parte de la intelligentsia japonesa, en la que tuvo una influencia decisiva la doctrina religiosa y ética de Tolstói. Los adeptos de esta corriente, a la que se adhirieron muchos destacados japoneses pertenecientes a la esfera de la cultura, propiciaron la traducción y la popularización de las obras de Tolstói en Japón.

⁵⁰ Se refiere a Círculo de lectura.

⁵¹ Probablement se refiera a la obra de Gustav Le Bon.

⁵² En realidad Tolstói escribía con una pluma metálica.

⁵³ Tolstói cumplió los ochenta años en 1908.

⁵⁴ Esta carta iba dirigida a V. V. Stásov. Tolstói le escribió: «Querido Vladímir Vasílievich: haberle recomendado al hindú fue un error, y me arrepiento de haberlo hecho. No lo conocía. Pero ahora me permito recomendarle a un japonés llamado Tokutomi, a quien sí conozco y considero una persona buena y delicada. Si tiene usted la oportunidad de conversar con él (habla inglés) y puede recomendárselo a alguien, a algún joven, para que lo acompañe en Petersburgo, le quedaré muy agradecido».

⁵⁵ De estas otras dos cartas no se sabe nada.

⁵⁶ Serguéi Nikoláievich Tolstói murió en 1904.

⁵⁷ William Lloyd Garrison (1805-1879), abolicionista, periodista y reformador social estadounidense.

⁵⁸ Tokutomi se refiere al retrato de V. K. Siutáiev (1820-1892), colgado en el estudio de Tolstói en Yásnaia Poliana.

⁵⁹ Tolstói no tenía una hermana mayor. Maria Nikoláievna, su única hermana, era menor que él y por aquel entonces estaba viviendo en el monasterio de Shamordinó. La reproducción de la Madonna de Rafael se la regaló, en 1857, su tía A. A. Tolstaia.

* Relato tomado de V. Briúsov, Obras escogidas, 2 vols., Moscú, 1955, vol. II.

⁶⁰ Iván Ivánovich Popov, amigo cercano de Tolstói, era periodista. En abril de 1887 Tolstói intentó conseguir una entrevista con él en la cárcel de la Butyrka, en la que éste estaba recluido por motivos políticos. De 1894 a 1906 Popov vivió en un caserío en Irkutsk, en donde revisaba y corregía el periódico *La Revelación Oriental*. Popov mantuvo correspondencia con Tolstói en relación con los prisioneros en Siberia, y cumplió distintas encomiendas del escritor. El encuentro entre ellos tuvo lugar en 1903.

⁶¹ Se trataba de un club fundado en 1898. A partir de 1902 Briúsov fue uno de los miembros directivos del club, y de 1908 en adelante, fue el presidente de la junta directiva.

⁶² Se trata de A. A. Kursinski, compañero de Briúsov en la Universidad. Kursinski era poeta y colaboró con los periódicos La Balanza y El Vellochino de Oro. En 1895 fue maestro de Mijaíl, el hijo menor de Tolstói.

⁶³ N. N. Chernogúbov, coleccionista moscovita, reunió una gran cantidad de material sobre la vida y la obra de Fet. El 7 de junio de 1900, Chernogúbov le escribió a Sofia Andréievna Tolstaia pidiéndole que le permitiera leer las cartas de Afanasi Fet. En enero de 1901, con motivo del trabajo que estaba realizando, visitó a Sofia Andréievna en Moscú. En junio de ese mismo año, Chernogúbov viajó a Yásnaia Poliana. Sofia Andréievna Tolstaia escribió en su diario el 6 de junio: «Está viviendo aquí Chernogúbov. Revisa y copia todas las cartas que Fet nos ha escrito a Lev Nikoláievich y a mí».

⁶⁴ Alexandr Mijaílovich Dobroliúbov (1876-1944). Poeta, representante del decadentismo ruso, cuya producción se remite a la primera fase de la corriente simbolista. En 1899 abandonó la Universidad de Petersburgo y comenzó a llevar una extraña forma de vida. Dobroliúbov se convirtió en el fundador y predicador de una nueva fe que encontró un número reducido de adeptos tanto entre los campesinos de la provincia de Samara como entre los intelectuales. Estuvo en Yásnaia Poliana visitando a Tolstói el 5 y el 6 de septiembre de 1903, y el 21 de julio de 1906. En otoño de 1903 Briúsov escribió en su diario que Dobroliúbov, cuando volvía de la provincia de Samara a San Petersburgo, «pasó a ver a Lev Tolstói» y «estuvo conversando con él dos días enteros» (Valeri Briúsov, Diario 1891-1910, Moscú, 1927, p. 133).

⁶⁵ Zinaída Nikoláievna Gippius (1869-1945) escritora, crítica literaria. Dejó unas memorias sobre la visita que, junto con Merezhkovski, hizo a Yásnaia Poliana. «Nuestro encuentro con él fue tardío, en 1904, y fugaz» (Z. N. Gippius, Gente nueva, Praga, 1925, p. 160).

⁶⁶ Nikolái Ivánovich Guchkov (1860-1935), empresario y político ruso. Fue alcalde de Moscú entre 1905 y 1912.

⁶⁷ Un viejo olmo que crecía al lado de la casa de los Tolstói. Todas las mañanas, en el banco que estaba a la sombra de este olmo, peregrinos y pordioseros se sentaban a esperar a que Tolstói saliera de su casa. Por otro lado, la campana que colgaba del árbol, llamaba a la familia y a los invitados a comer y a cenar.

⁶⁸ Nikolái Efimovich Efros, periodista, crítico de teatro, estuvo en la estación de Astápovo durante la enfermedad y agonía de Tolstói, como corresponsal de los periódicos Noticias de Rusia, El Discurso y Novedades de Odesa.

⁶⁹ Alexandr Ivánovich Sumbátov-Yuzhin (1857-1927), actor y dramaturgo ruso, historiador del teatro, profesaba las ideas del arte realista apoyando sus investigaciones en la autoridad de Tolstói. Autor de un interesante artículo llamado «¿Qué da Tolstói al teatro?». Sumbátov-Yuzhin conoció a Tolstói el 28 de noviembre de 1895 en el Teatro Maly durante el ensayo general de la obra de Tolstói *El poder de las tinieblas*. Se encontraron una segunda vez en 1898 en la casa moscovita de Tolstói, y la tercera vez que se encontraron fue en 1899, en casa de Chéjov.

⁷⁰ Efectivamente Briúsov apareció en varias tomas de la crónica cinematográfica dedicada a los funerales de Tolstói.

⁷¹ Era la primera vez que en Rusia se llevaba a cabo un sepelio civil de tal envergadura. El clero ordinario respondió a su manera, protestando contra la decisión del Santo Sínodo. A los pocos días de los funerales de Tolstói, llegó a Yásnaia Poliana «un pope desconocido que, presentándose frente a la condesa, dijo que no conseguía resignarse al decreto del Santo Sínodo, por el cual Tolstói había sido excomulgado de la Iglesia ortodoxa, y que le gustaría officiar el rito de sepultura del difunto. La condesa no estuvo en contra y de inmediato se dirigieron a la tumba, donde se celebró una misa. En cuanto terminó, el pope se fue de Yásnaia Poliana. La Iglesia hizo todo lo posible por averiguar quién había sido ese sacerdote, pero no consiguió descubrirlo», en Y.G. Briúner, *Mi peregrinación a Yásnaia Poliana. Memorias*.

⁷² Leonid Antónovich Sulerzhitski (1872-1916), escritor, crítico, director del Teatro de Arte de Moscú.

⁷³ Alexandr Apolónovich Manuílov (1861-1929), economista, rector de la Universidad Imperial de Moscú entre 1905 y 1911.

